



Joaquín Calvo-Sotelo

La Faroles

**o De cómo fue cumplimentada por un Gobernador la orden de un Ministro
Farsa en prosa, en tres cuadros y un epílogo, separados por un solo
intermedio**

PERSONAJES

LA FAROLES, ama de una casa de niñas, en una capital de provincia.

JULIA, la digna esposa del señor Gobernador.

LOLITA, la sufrida Registradora.

FERMÍN ROBLEDO, el Gobernador.

HERMINIO ARENAS, el Secretario.

PLANELLES, el Coronel.

DON FLORENCIO LAGARTA, el Obispo.

CRISTALES, el Abogado.

UGARTE, el Ujier.

REDONDO, el Director de «El Progreso».

Antes de levantarse el telón una voz dice: «Señoras y señores: La acción de La Faroles o De cómo un Gobernador cumplimentó las órdenes de un Ministro, transcurre en una capital de provincia de la Península, pocos meses después de que fuera posible hablar con Madrid desde el Gobierno Civil, en una época imprecisa por tanto de principios de siglo».

Cuadro I

Primeros años del siglo XX. La escena está partida pero desigualmente. Un lado -el de la derecha, con mucho, el más pequeño- representa el despacho del Secretario del Gobernador Civil. El otro, el de la izquierda, amplísimo, el del Gobernador mismo. Los dos, comunicados por una puerta de vaivén, forrada de terciopelo verde y con un pecherín de cristal ovalado. En el lienzo del fondo del despacho del Gobernador, hay un gran retrato de la Reina Cristina y, adosada a la pared de la izquierda; una mesa solemne enfrente de la cual se ven dos butacones. A la derecha, una mesa chata, con dos sillones en torno suyo. En primer término izquierda, una discretísima puerta comunica con la vivienda del Gobernador. Al otro lado de la mesa hay un teléfono de pupitre, uno de los primeros teléfonos de los que dan fe las fotografías de entonces, con su bocina, su auricular y su manivela a un metro sesenta del suelo, aproximadamente. Sobre la mesa del Gobernador, legajos y expedientes. El despacho del Secretario difiere del de su jefe esencialmente en la calidad del mobiliario, muy inferior, como es lógico. Pegada al lienzo de la izquierda hay una mesa y repartidas por el resto de la habitación, varias sillas, un fichero y un perchero de brazos. En el centro de cara al público se supone que hay un balcón cuyas jambas se ven en los extremos del despacho. Al foro, otra puerta que da a la sala de espera y a las restantes oficinas del Gobierno. Los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor.

Es una mañana soleada y alegre aquella en la que comienza la acción. Por la puerta del foro de la Secretaría entra su titular. DON HERMINIO ARENAS. Es un hombre de unos cuarenta años, delgado, vivaz y pulcro. Se dirige a la mesa y examina algunos papeles y periódicos que se encuentran en ella. Pegado a él, de uniforme, llega el Ujier, que trae el bombín y el bastón del Secretario, que cuelga en el perchero de brazos.

HERMINIO.- ¿Hubo novedad?

UGARTE.- Ninguna, don Herminio.

HERMINIO.- ¿Llamó alguien al teléfono? (Señala el despacho contiguo.)

UGARTE.- Sí, hubo dos llamadas.

HERMINIO.- ¿De quiénes?

UGARTE.- No lo sé.

HERMINIO.- ¿Cómo que no lo sabe?

UGARTE.- Una, insultándome.

HERMINIO.- ¿A Vd.?

UGARTE.- No precisó. (Remeda la llamada.) «¿Es el Gobierno

Civil?» -Sí. «Me... tal en tu... tal madre».

HERMINIO.- Vaya, hombre.

UGARTE.- ¿Qué le parece a Vd.?

HERMINIO.- (Muy pausadamente con aire profesoral.) La ciencia moderna permite hoy el insulto anónimo, de viva voz. Que viene a echar una mano al anónimo escrito, viejo como el hombre. ¿Me entiende Vd., amigo Ugarte?

UGARTE.- Más o menos.

HERMINIO.- ¿Y la otra llamada?

UGARTE.- Debió de ser una broma. Dijeron que llamaban desde Madrid.

HERMINIO.- ¿Y por qué una broma?

UGARTE.- ¿Cómo se puede hablar desde Madrid?

HERMINIO.- Hace tres meses ya, que eso es perfectamente posible.

¿No se enteró todavía?

UGARTE.- (Con una incredulidad manifiesta.) ¿Hablar desde Madrid?

HERMINIO.- Sí, Ugarte, sí. ¿Y qué dijo Vd.?

UGARTE.- Pues como estaba tan quemado, lo mismo que me habían dicho a mí.

HERMINIO.- (Desolado.) No...

UGARTE.- ¿He hecho mal, don Herminio?

HERMINIO.- O sea, que Vd. no tiene ni idea de a quién ha llamado hijo de mala madre.

UGARTE.- Pues, no... Me temo que sea un madrileño.

HERMINIO.- Claro, eso muy probablemente (Siniestro.) y a lo mejor, el Ministro.

UGARTE.- (Aterrado.) Don Herminio...

HERMINIO.- Ande, ande, déjeme en paz.

(Se pone los manguitos que saca del cajón de su mesa. UGARTE inicia el mutis.)

¿Y el señor Gobernador? ¿Todavía no dio señales de vida?

UGARTE.- Si apenas son las once...

HERMINIO.- (Consulta su reloj de bolsillo.) Es cierto. Hoy me he adelantado mucho.

(En este instante, suena el teléfono. Como UGARTE hiciese ademán de ir a descolgarlo, HERMINIO se lo impide con un gesto.)

Quietecito, amigo, quietecito. Tengamos la fiesta en paz.

(El mismo va al teléfono. UGARTE se queda en la puerta del foro, que entreabre sin hacer mutis, como si intuyese que sus servicios podrían ser necesarios.)

¿Quién es?... Ah, Madrid... Dígame..., ¿de parte del señor Subsecretario? Sí, sí, le oigo muy bien. ¿El señor Gobernador?... Voy a avisarle ahora mismo. (Tapa la bocina.) ¡Ugarte! Diga al

señor Gobernador que le llaman del Ministerio de la Gobernación.
¡Corra!

(UGARTE cruza la escena y desaparece por la lateral del primer término.)

Un momento... viene en seguida. ¿Quién está al habla? Ah, Pardo... Sí, sí, se oye muy bien. Soy Arenas, Herminio Arenas. ¿Qué quién se puso antes? No sé... sería un cruce... Qué grosería... se está perdiendo la educación, Pardito... (Transición.) Bueno... ¿Y qué tal, muchacho...? ¿Qué tiempo hace por ahí? Por aquí tenemos una mañana preciosa, ni pizca de frío. Esa es la ventaja de estos climas... Y en Madrid, ¿nevé el martes? Lo que son las cosas... ¿Qué hay por el Congreso? Sí, ya leí... las voces debieron oírse en Sebastopol... Sí, sí, aquí también se oye muy bien. El Ministro le paró los pies... A estos liberalitos hay que atarlos corto si no queremos que nos enganchen por la faja. Me parece que ya está don Fermín. Pardito: recuerdos a la Cibeles. Sí, sí, oigo muy bien. ¿Qué dan en el Romea? Ah, Trini la Gaditana... ¿Sigue como siempre tan cachon...?

(La entrada del Gobernador por la izquierda le impide pronunciar la última sílaba. El Gobernador es un hombre alrededor de los cincuenta años. Usa largos y abundosos bigotes y llega despeinado, como si acabase de levantarse, la gran papada al aire. Viste de batín, anudado a la cintura precipitadamente y pantalones oscuros y calza zapatillas de felpa. La noticia de que le llaman de Madrid le ha preocupado visiblemente. Su nombre es FERMÍN ROBLEDO Y CHAVES y milita en el partido conservador en el que espera hacer una brillante carrera.)

FERMÍN.- ¿Quién es?

HERMINIO.- De la Subsecretaría.

FERMÍN.- Déjeme... déjeme...

(Se refiere al auricular que ARENAS le confía. El Ujier sale por la lateral izquierda y se va derechamente a la Secretaría por cuyo foro hace mutis. ARENAS se limita a instalarse en su despacho con el visible deseo de no turbar el diálogo que su Jefe se dispone a mantener con el Ministerio.)

Aquí Fermín Robledo. Sí, sí, espero. (Unos segundos de pausa que FERMÍN aprovecha para arreglarse un poco la ropa.) Ah, señor Subsecretario: a sus órdenes. (Transición.) No, no, señor Subsecretario, yo no soy el Gobernador de Almería, yo soy... el Gobernador... Ah, sí, comprendo la confusión, no tiene importancia. Le oigo muy bien. Escucho. Sí, recibí las instrucciones del señor Ministro y no las abrí conforme se me decía. Las guardé muy guardadas. Perfectamente. ¿He de ponerlas en práctica en seguida?

Ah, ya se me señala la fecha. De acuerdo. Señor Subsecretario: cuente Vd. con que todo se hará tal y como dispone. De acuerdo, de acuerdo... Le oigo muy bien. Mis saludos para el señor Ministro y dígame que añoro mucho nuestros tiempos de la Pensión Moderna. Y, a sus órdenes, señor Subsecretario, a sus órdenes. (Cuelga. Un instante se queda abismado en sus pensamientos y en sus responsabilidades como un sonámbulo.) Se le oía muy bien...

(Toca un timbre que suena en la Secretaría. ARENAS se levanta y acude al despacho del señor Gobernador.)

HERMINIO.- Mándeme.

FERMÍN.- Búsqueme en la caja fuerte el sobre lacrado que recibimos del Ministerio de la Gobernación el 15 de enero.

HERMINIO.- Sí, señor.

(Hace mutis por el foro en la Secretaría. DOÑA JULIA LOBOS, legítima esposa de DON FERMÍN ROBLEDO Y CHAVES entra por la izquierda. Tampoco le han dado tiempo para atildarse con excesivo cuidado y, aún sobrándole, es de temer que no le hubiese servido de gran cosa porque DOÑA JULIA, pechugona, basta de maneras y descarada, no se caracteriza por su exquisitez. Su bata es un tanto policroma y escandalosa. La enagua le flota sobre las chinelas y deja al descubierto el nacimiento de la pierna.)

JULIA.- ¿Qué pasa?

FERMÍN.- No pasa nada.

JULIA.- No me mientas, Fermín, que te conozco como si te hubiese parido.

FERMÍN.- Te repito que no pasa nada.

JULIA.- Dame tu palabra de honor.

FERMÍN.- Déjame de tonterías.

JULIA.- (Cambia de actitud. Se pone melosa, con lo que visiblemente empeora.) ¿No le vas a decir a tu gatita lo que sucede?

FERMÍN.- Qué pesada eres, hija mía, que ha llamado el Subsecretario.

JULIA.- ¿Desde Madrid?

FERMÍN.- No va a ser desde Roma.

JULIA.- Ay, Dios. ¿Te han dimitido?

FERMÍN.- Qué dimitirme ni que ocho cuartos.

JULIA.- ¿Hay malas noticias del Gobierno?

FERMÍN.- No, el Gobierno disfruta de una salud a prueba de bombas.

JULIA.- A lo mejor es sólo el Ministro de la Gobernación el que...

FERMÍN.- El Ministro de la Gobernación sigue en la Puerta del Sol y por mucho tiempo.

JULIA.- Ay, Dios lo quiera. Siempre que te llaman desde Madrid, me entra un susto que me quedo sin respiración...

FERMÍN.- Pues algún día tendrá que terminar esto. No te imaginarás que somos Gobernadores vitalicios.

JULIA.- Sí. Ya lo sé, campana de la agonía, ya lo sé. Pero cada vez que pienso que tenemos que volver a Atocha ciento dos, tercero izquierda, me dan ganas de llorar.

FERMÍN.- Sí, claro, alguna diferencia, sí que hay entre aquel pisito y el de aquí.

JULIA.- Calla, no me hables...

FERMÍN.- ¿Sabes lo peor de aquel? El patio, que se asoma uno y ve, puestas a secar, las camisetas de don José, el del primero y los calcetines del señor Pedrote, el de Aduanas, y las enaguas de la Felisa, nuestra vecina: toda la ropa interior de la casa que, después, cuando me los encuentro por las escaleras, les adivino debajo de la chaqueta o de las faldas. Y que aquí no huele a coles, el perfume de la miseria, como en Atocha, que parece que todos, la Felisa y el Pedrote y don José, comen solamente coles, coles, coles...

JULIA.- Calla, te lo pido...

FERMÍN.- ¿Te gusta esto, verdad? Los salones, los ordenanzas, los saludos a la entrarla, el policía de guardia que se acerca a decirnos: «Sin novedad, señor Gobernador», y no el portero de Atocha: «Don Fermín que es la tercera vez que viene el del gas con el recibo»; el palco en el teatro cuando se nos antoja, y no las dos delanteras de segundo piso que se te clavan en la rabadilla; el coche de caballos en la puerta, plan, plan (Imita el ruido de las herraduras sobre el asfalto.) y no el tranvía de mulas. Sí, señor. Es bonito, ¿por qué negarlo? Y el que lo niegue es un hipócrita.

JULIA.- Huy, yo, a todo el mundo que me lo pregunta se lo digo: que cuándo nos va a caer otra bicoca parecida.

FERMÍN.- Pues haces muy mal. (Transición.) ¿Y Arenas? (Se asoma a la secretaría.) ¡Ugarte!

UGARTE.- Mándeme.

FERMÍN.- ¿Y ese hombre?

UGARTE.- Voy a buscarlo.

FERMÍN.- (A JULIA.) Nada de bicocas. Debes decir justamente lo contrario. Que mi verdadera vocación es la de periodista y que aquí estoy prestando un servicio al país, ¿te enteras? Porque me lo pidió el Ministro y yo no me puedo negar. Hay que explotar a troche y moche el truco del sacrificio. Que esto es encantador, nadie lo duda, pero claro, que Madrid es Madrid y Madrid es nuestro ambiente y que allí viven tus hermanas, aunque una de las gangas de este Gobierno sea el de no verlas hasta en la sopa, etc... Ah, y hay que añadir, venga o no venga a cuento, eso de que «la política no tiene entrañas», que suena de maravillas. Y no cometer la estupidez de ir proclamando a diestro y siniestro que es una bicoca, para que comenten si somos o no unos arribistas y unos cursis, que es, por cierto, lo que dice el Alcalde, que no sé qué le ha dado al Director de El Progreso para tenerlo encandilado, mejor dicho, sí lo sé, cuatro mil reales. ¿Te enteras, Julia del demonio?

JULIA.- Sí, hombre, sí.

FERMÍN.- Es natural que te guste esto... ¿Y sabes por qué lo tienes? Porque te casaste con Fermín Robledo, el periodista que, según algunos, prometía mucho y, según tus padres, no prometía nada.

(Transición.) Si siento que no vivan es porque no me vean instalado aquí, mandando a los doscientos mil españoles de la provincia. Tu padre, que sólo mandó los doscientos del batallón de Ceriñola.

JULIA.- No seas rencoroso.

FERMÍN.- (De nuevo se asoma a la Secretaría.) ¡¡Arenas!!

(ARENAS con un sobre.)

Pero, querido, ¿qué le pasaba a Vd.?

HERMINIO.- Que no encontraba al cajero, don Fermín.

FERMÍN.- Venga, démelo.

HERMINIO.- Aquí lo tiene.

JULIA.- ¿Quién escribe?

FERMÍN.- El señor Ministro.

JULIA.- ¿Y qué te dice?

FERMÍN.- Es una de las muchas cosas que no te importan.

JULIA.- Eso crearás tú.

FERMÍN.- En todo caso vas a seguir haciendo ganchillo y a dejarnos en paz.

JULIA.- Pues no quiero.

FERMÍN.- ¡¡Fuera!!

JULIA.- Pero, ¿por qué no he de poder enterarme yo?...

FERMÍN.- ¡¡Fuera!! No es sólo el marido quien te lo ordena, sino el Gobernador.

JULIA.- ¡Déspota!

(Y hace mutis por la izquierda. FERMÍN examina reverencialmente el sobre, mientras por la puerta de la Secretaría, entra, acompañado de UGARTE, DON EVARISTO REDONDO, director del órgano local «El Progreso». Es un hombre de unos cuarenta años.)

REDONDO.- (A UGARTE.) Dígale que el Director de «El Progreso» desea saludarle para un asunto de importancia.

UGARTE.- Enseguida. (Llama a la puerta.)

FERMÍN.- ¡¡No estoy para nadie!!

(El Ujier se disculpa ante DON EVARISTO con un expresivo ademán. DON EVARISTO quita importancia a la respuesta del Gobernador, como dando a entender que no le preocupa esperar lo que sea necesario. Mutis del Ujier.)

(A ARENAS que se retira.) Aguarde un instante. Pudiera ser que lo necesitase.

HERMINIO.- A su disposición. (Inclina la cabeza disciplinadamente y se dispone a recibir órdenes, para lo cual se sitúa en el segundo

término, próximo a la puerta que comunica las dos habitaciones.)

FERMÍN.- Trascendental momento. Su veteranía en el cargo le habrá hecho vivir muchos como éste pero a mí, recién llegado a la política...

HERMINIO.- No crea, señor Gobernador, que es cosa de todos los días recibir pliegos con instrucciones reservadas.

FERMÍN.- (Halagado.) ¿Sí? ¿No tiene antecedentes, que Vd. recuerde al menos...?

HERMINIO.- En efecto... que yo recuerde... no hay antecedentes...

FERMÍN.- Amigo Arenas: «alea jacta est» (Coge una cuchilla que le sirve de cortapapeles pero con tan mala fortuna que se la clava en la mano, al tratar de abrir el sobre.) Vaya por Dios... Me he pinchado...

HERMINIO.- ¿Se ha hecho Vd. sangre?

FERMÍN.- Un poco, un poco... Ay, condenada política... la gente ve sólo el lado favorable de las cosas; no el negativo... (Se chupa el anular, que se hirió y se lo mira.)

HERMINIO.- Voy a buscar un poco de algodón... (Y entreabre la puerta el tiempo suficiente para descubrir a DON EVARISTO.)

FERMÍN.- Quieto, quieto. (Continúa chupándose el dedo.) Ya se acabó.

HERMINIO.- (Confidencial.) ¿Sabe Vd. quién está ahí? El Director de «El Progreso».

FERMÍN.- ¿Evaristo Redondo?

HERMINIO.- Sí.

FERMÍN.- Dígale que le recibo en seguida.

(ARENAS se marcha a decírselo.)

HERMINIO.- Un segundo, sólo un segundo, señor Redondo.

REDONDO.- No se preocupe...

FERMÍN.- (Se decide, por fin, a abrir el sobre. De él extrae un pliego. Se cala las gafas.) Veamos, pues.

(HERMINIO inicia el mutis por la derecha. Las exclamaciones de su jefe le detienen en el umbral, en espera, quizás, de ser llamado.)

¡No...! ¡Imposible! ¡Qué papeleta, demonio, qué papeleta!

HERMINIO.- (Con el deseo de no ser inoportuno pero muerto de curiosidad.) ¿Puedo ayudarle en algo, señor Gobernador...?

FERMÍN.- Bien voy a necesitar su ayuda... y la de todos.

HERMINIO.- Ya sabe que cuenta conmigo incondicionalmente.

FERMÍN.- Tenga. (Le muestra el documento que HERMINIO se apresura a recoger.) Pero antes... Prométame guardar secreto, un secreto absoluto.

HERMINIO.- Le consta mi discreción.

FERMÍN.- Sí, pero prométamelo.

HERMINIO.- Se lo prometo. (Cumplido este trámite ya no hay obstáculo alguno para que el contenido del pliego le sea revelado.)

El efecto que su lectura le produce a HERMINIO no es menor que el causado a DON FERMÍN. También a él se le escapan los comentarios como las burbujas a una tetera de agua hirviendo.) Ahí va... ¿Quién lo diría...? Menudo lío... Vaya medida... (Termina su lectura y devuelve el pliego a DON FERMÍN.)

FERMÍN.- ¿Qué le parece a Vd.?

HERMINIO.- Inesperado...

FERMÍN.- ¿Tiene precedentes de una orden de esa naturaleza?

HERMINIO.- Ninguno.

FERMÍN.- ¿De esa urgencia...?

HERMINIO.- ¿Cuándo ha de cumplimentarse?

FERMÍN.- El uno de marzo.

HERMINIO.- No, no, desde luego que no.

FERMÍN.- La política, la deliciosa política... ¡Maldita sea!

¡Cuánto más a gusto estaría escribiendo artículos de fondo, yendo a la tertulia del Café Levante y a doña Mariquita, que en este potro!

HERMINIO.- ¿Y qué piensa Vd. hacer?

FERMÍN.- No me explico su pregunta. Y dispéñeme que le replique con cierta vivacidad. ¿Es que me cabe alguna opción? Se trata de una orden, directa y personal del Sr. Ministro. ¿Puedo permitirme el lujo de desobedecerla, de discutirla siquiera?

HERMINIO.- No, no, eso no.

FERMÍN.- He de ejecutarla tal y como me dice, en el día que me señalan, dentro por tanto, de cuatro semanas escasas. En fin, Dios proveerá. (Se guarda el pliego en el cajón de la mesa del despacho.) Entre tanto veamos lo que quiere don Evaristo. La Prensa, el cuarto poder... Conviene estar a bien con ella. ¡Sí lo sabré yo que he trabajado quince años en el oficio! Hágale entrar. Yo me arreglo en un instante. (Y se va por la izquierda.)

HERMINIO.- Señor Redondo... ¿Quiere Vd. pasar?

REDONDO.- Encantado.

(El señor REDONDO entra en el despacho del Gobernador.)

HERMINIO.- Don Fermín le recibe en seguida.

REDONDO.- Muy bien, muy bien... ¿Qué? Ni un minuto libre, ¿verdad?

HERMINIO.- Esto es tremendo, don Evaristo. Cuando no es una huelga es un paro... Entre los que tienen trabajo y se niegan a trabajar y los que no lo tienen y se empeñan en tenerlo, es que no respiramos.

REDONDO.- Pero don Fermín es muy hábil. Don Victoriano Gomila, sabía lo que se hacía al nombrarlo Gobernador.

HERMINIO.- El Ministro le conocía bien porque vivieron juntos de estudiantes, fueron testigos después de un revuelo muy sonado, qué sé yo... Hombre, y una pregunta: ¿se batió, por fin, Olmedilla?

REDONDO.- Calle, ha pasado algo muy gracioso. El tal Olmedilla había puesto los puntos con éxito a la mujer del tal Martorell que siente, desde niña, una irresistible vocación por la prostitución, exacerbada con el matrimonio. Martorell, al enterarse, enloqueció. «Lo mato, lo mato...» Bueno... ¿Qué prefiere? ¿Sable o pistola?»

«Pistola». «Conforme. A treinta y cinco pasos...» «¿Cómo a treinta y cinco?» «Bien. A treinta». «A menos, a muchos menos» «A quince; es lo mínimo. Cambiarán Vds. dos disparos y se acabó».

(Unos segundos antes el Ujier UGARTE entró con unas cartas que dejó sobre la mesa del Secretario.)

Y aquí viene lo inesperado. Martorell que palidece y me dice: ¿cómo cambiar? ¿Es que él va a disparar también?

(Grandes risas de HERMINIO.)

Se creía que en los desafíos sólo disparaba el agraviado. Y, qué demonio, no le faltaba razón. Tras de cuernos, palos. Total, que hemos conseguido que desista y que el tal Olmedilla se vaya a su pueblo por una temporada.

HERMINIO.- Es un indeseable. Ojalá no vuelva más. (Espía por la puerta de la izquierda.) Mire, aquí viene el señor Gobernador.

(Así es, en efecto. El señor Gobernador llega, después de haber cambiado un batín por un terno oscuro. Luce cuello de pajarita, corbata centrada por un alfiler con una perla, botines blancos. Es un figurín... de la época.)

Cuéntele esa historia del desafío.

REDONDO.- Ya se la contará Vd. después.

(REDONDO y el Gobernador se estrechan la mano.)

FERMÍN.- No me hablen de desafíos... No he visto una ciudad más susceptible que ésta. Por un quítame allá esas pajas, la gente se va al campo... Pero no al que se debe ir, con unos filetes empanados y unas tortillas de patata, que es lo bueno, sino al que llaman del honor, a coserse a sablazos o agujerearse la piel. Y, antes de nada, discúlpeme la espera.

(Mutis de HERMINIO.)

REDONDO.- Calle. Yo sé que las once no son horas para una persona decente y que no hay derecho a molestar a nadie tan temprano. Me excusa lo que me trae: un asunto de verdad importante.

FERMÍN.- No me inquiete Vd. ¿Qué es lo que sucede?

REDONDO.- Hasta ahora nada. Pero me han llegado rumores de que está a punto de suceder algo... y he venido a hablar, más que con el Gobernador, con el amigo y, sobre todo, con el compañero.

FERMÍN.- Le escucho.

REDONDO.- Vamos a ver... Se dice por ahí que el Gobierno se propone adoptar en un plazo breve, ciertas medidas... un tanto audaces.

FERMÍN.- (Receloso.) ¿A qué medidas se refiere Vd.?

REDONDO.- Medidas que afectarán... ¿cómo explicárselo?, a la moral pública... (Vacila.) Sí, me parece mejor hablar de la moral pública que de las costumbres.

FERMÍN.- No sé por donde va Vd....

REDONDO.- Yo no voy ya, don Fermín. (Subrayadamente.) Iba.

FERMÍN.- Explíquese, amigo Redondo, explíquese.

REDONDO.- Hablaré más claro. ¿Es verdad o no que el Gobierno se propone cerrar las casas consistoriales?

FERMÍN.- ¿Las casas consistoriales?

REDONDO.- (Se ríe.) Dispéñeme. Yo me he quedado con ese timito desde que Lolita Diéguez me dijo un día que lo único que le gustaba a su marido, el Registrador de la Propiedad, era andar de parranda por las casas consistoriales..., y yo comprendí enseguida de qué casas hablaba. Esas, ya sabemos que no hay quien las cierre. A las que yo me refería, como es lógico, era a las otras. A las casas de niñas.

FERMÍN.- Ya.

REDONDO.- Bien. ¿Y qué me dice?

FERMÍN.- Es la primera noticia que tengo.

REDONDO.- Don Fermín, no sea Vd. zorro que nos conocemos.

FERMÍN.- (Un tanto irritado por el aire confianzudo de la pregunta que parece atentar contra su autoridad.) ¿Cómo, cómo?

REDONDO.- No se me encrespe, que a Vd. le consta lo que yo le quiero y que en «El Progreso» le consideramos, no un colega, un maestro. ¿De verdad no sabe nada?

FERMÍN.- No, no... Y le agradecería que me dijese por dónde le ha llegado esa noticia.

REDONDO.- ¿Por dónde va a ser, mi ilustre amigo, sino por la parte interesada?

FERMÍN.- ¿Qué entiende por parte interesada?

REDONDO.- Ah, justo, ahí le duele. Parte interesada hay más de una. La clientela, también lo es. Pero yo me refería a la otra... De ésta es de donde provienen mis informaciones.

FERMÍN.- Concréteme.

REDONDO.- Le estoy hablando de La Faroles.

FERMÍN.- ¿Y quién es La Faroles?

REDONDO.- Por Dios, don Fermín... Cervantes, 14. Es casi por lo único que se habla en la ciudad del autor de El Quijote... Una institución... Mi padre iba allí, de viudo y aún no sé si de casado, según he oído decir. Famosa por la sala de los espejos... Ríase de los de Versalles... No hay paleta en la provincia que no sueñe con ellos. Y La Faroles, que se encargó del negocio hace unos años, vino a verme, hecha puré la desdichada, a confiarme sus cuitas.

FERMÍN.- ¿Y cómo se había enterado ella?

REDONDO.- En casa de La Faroles se sabe todo lo que pasa en la ciudad, y si me apura, en el país. Parece que alguien le dio el soplo y La Faroles, que es una buena chica, se imaginó que en «El Progreso» la sacaríamos de dudas... y en «El Progreso» creíamos que, donde sabrían a qué atenerse sería en este despacho. Le prevengo que

La Faroles lo daba por seguro, y como es tan descarada llegó a decir que estaba dispuesta a visitarle. Celebro que se trate de una falsa alarma. (Transición.) Bueno, pues ése era el motivo que me traía aquí, don Fermín. Y, una vez cumplida mi misión, me retiro por el foro... (Se pone de pie e inicia el mutis.) De política, ¿tampoco me dice nada? ¿De elecciones...?

FERMÍN.- Yo estoy metido en este pozo y con Madrid hablo poquísimo, pero parece que, sí, que antes de fin de año las habrá.

REDONDO.- ¿No le tentaría presentarse por algún pueblo de la provincia? En más de uno, pienso yo, que le mirarían con buenos ojos...

FERMÍN.- Qué simpático...

REDONDO.- Por Valdecollado, que yo recuerde, ha hecho Vd. mucho. Esa fuente de siete caños... En fin, me voy con las manos vacías pero muy contento de verle como siempre...

FERMÍN.- Muchas gracias.

REDONDO.- Hasta otra ocasión, señor Gobernador. Mis respetos a su señora.

FERMÍN.- Se los daré de su parte.

(Ya está apunto de salir de la habitación cuando, en un súbito arranque, el Gobernador se lo impide. Va a él, le coge por el brazo, le atrae al centro de la sala.)

Quédese, no se vaya, se lo suplico. Tengo que hablarle.

REDONDO.- ¿Qué le sucede?

FERMÍN.- Son ciertas sus noticias.

REDONDO.- ¿Se clausuran?

FERMÍN.- Pues, sí señor.

REDONDO.- ¿Y cuándo?

FERMÍN.- A la tal Faroles, le quedan 28 días de vida.

REDONDO.- ¿Cómo de vida?

FERMÍN.- Entiéndame: a su negocio. Mejor dicho, este año, febrero trae 29, ¿no? Pues, 29. El uno de marzo se acabó el fornicio.

REDONDO.- Demontre, demontre...

FERMÍN.- ¿Qué le parece?

REDONDO.- Incómodo.

FERMÍN.- Qué palabras tan inocentes emplea Vd., caramba...

REDONDO.- ¿Pero no le dejan un pequeño respiro...?

FERMÍN.- ¿Para qué?

REDONDO.- Para que, si lo cree oportuno, presente algún recurso, solicite ampliación de plazos...

FERMÍN.- No, no tiene ningún escape.

REDONDO.- ¿Es que es una medida de carácter general?

FERMÍN.- No creo que afecte a toda España. Más bien a nuestra región y, tal vez, a título de prueba.

REDONDO.- El centralismo, el maldito centralismo de siempre.

FERMÍN.- En eso le doy la razón, don Evaristo. En la España federal, que fue mi sueño juvenil, una alcaldada así no sería posible.

REDONDO.- ¿Alcaldada...?

FERMÍN.- Bueno. La orden viene de lo más arriba que se pueda imaginar. De alguien que está sentado inmediatamente debajo del reloj de la Puerta del Sol.

REDONDO.- De don Victoriano Gomila, el Ministro.

FERMÍN.- Justamente. Mire, yo no soy sospechoso, pero si las cosas siguen así, un día las provincias se pondrán en pie. Y del Ministerio de la Gobernación, bola y reloj incluidos, no quedará piedra sobre piedra. (Transición.) Bueno, dé Vd. esto por no oído: tal vez el representante del Poder Central, no debería hablar de esta forma.

REDONDO.- Comprendo su irritación. En nuestra ciudad, esas casas, tienen una vida larga y acreditada. Con el paso del tiempo han adquirido cierta respetabilidad.

FERMÍN.- Y a propósito... Esa tal Faroles, ¿cómo ha podido saber? Es extrañísimo... Una orden que me llega a mí en un pliego

sellado...

REDONDO.- La Faroles es una lagartona que ve a distancia. Por cierto, así de pasada, yo le he oído insinuar que le conoce a Vd.

FERMÍN.- ¿A mí? No la he visto en mi vida.

REDONDO.- Ya sabe la fantasía de las de su cuerda.

FERMÍN.- Bien. Cuento con Vd., naturalmente.

REDONDO.- (Desvaído.) Claro, claro...

FERMÍN.- Huy, huy... ¿qué significa ese «claro, claro...»?

REDONDO.- Ay, don Fermín de mi alma...

FERMÍN.- ¿Qué sucede?

REDONDO.- Vd. es de nuestro oficio, señor Gobernador.

FERMÍN.- ¿Qué me quiere dar a entender?

REDONDO.- La economía de los periódicos es muy frágil... todas las ayudas son pocas...

FERMÍN.- ¿No irá a decirme que «El Progreso» lo subvenciona La Faroles?

REDONDO.- Hombre, no es que su ayuda sea decisiva.

FERMÍN.- ¿En qué consiste entonces?

REDONDO.- Las Navidades... sí, las Navidades... esa gente es muy tradicional y manda unas botellas de champán... y unos mazapanes... y da trato de favor a los redactores solteros...

FERMÍN.- Algo más positivo habrá hecho por «El Progreso».

REDONDO.- Les servimos cincuenta suscripciones, dos por cada pupila...

FERMÍN.- Y de dinerito fresco, ¿qué?

REDONDO.- Pshe... no vale la pena aludir a esas menudencias.

FERMÍN.- Total, que pedirle un editorial que me apoye es como pedir peras al olmo, ¿no?

REDONDO.- Es que tampoco estoy muy seguro de que el cierre vaya a caer bien a la gente. Me da el corazón que estamos ante una medida impopular.

FERMÍN.- ¿Vd. lo cree?

REDONDO.- Oiga, que yo soy tan moral como el que más lo sea. Y que no es que mire con simpatía esos antros, ni mucho menos. Lo que

sucede es que...

FERMÍN.- Le entiendo.

REDONDO.- Todo se puede negociar, don Fermín... Yo estoy siempre a sus órdenes... No tiene más que llamarme y vengo como un rayo.

Piénselo. Aún quedan unas semanas. (Inicia el mutis.) ¿Enfadado?

FERMÍN.- (Siniestro.) Nada de eso, contentísimo.

REDONDO.- Pues, hasta más ver.

FERMÍN.- (Glacial.) Hasta más ver.

(Mutis de REDONDO por la puerta de la secretaría. HERMINIO entra en el despacho del Gobernador.)

HERMINIO.- ¿Hay alguna novedad, don Fermín?

FERMÍN.- ¿Qué más novedad quiere Vd. que la de que Redondo esté enterado de todo? (Se sienta en su mesa.)

HERMINIO.- ¿Va a comentarlo en «El Progreso»?

FERMÍN.- Le suplico que no toque ese tema. (Transición.) ¿Abrió Vd. la correspondencia? ¿Ha habido algún despacho de la provincia?

HERMINIO.- Sí. En Ajuéque han asesinado a dos patronos...

FERMÍN.- (Abstraído.) Vaya por Dios...

HERMINIO.- En Romillo cayó una tormenta y acabó con la cosecha de cítricos.

FERMÍN.- Fíjese...

HERMINIO.- Por último, el jefe de Policía teme que se declare la huelga general el viernes...

FERMÍN.- Pues, muy bien...

HERMINIO.- He admirado siempre en Vd., don Fermín, la serenidad con que sabe escuchar las malas noticias.

FERMÍN.- (Exaltado.) ¡Sólo hay una noticia en la mañana de hoy! ¡El cierre de las casas consistoriales!

HERMINIO.- ¿Cómo? ¿Las consistoriales también?

FERMÍN.- Yo sé lo que me digo.

HERMINIO.- (Inicia el mutis.) Bien, bien....

FERMÍN.- Y, por cierto, ¿quién es La Faroles? ¿Lo sabe Vd.?

HERMINIO.- Es la dueña de la casa ésa de la calle de Cervantes... La cabrona, como llaman en Chile a las que hacen su oficio.

FERMÍN.- Pero, ¿cómo es?

HERMINIO.- Por el fichero habrá alguna fotografía suya. ¿Le interesa que se la busque?

FERMÍN.- Hombre, sí. Según don Evaristo parece que esa golfa alardea de ser, poco menos, que íntima mía.

HERMINIO.- Voy a ver lo que encuentro...

(Y se dispone a satisfacerla curiosidad del Gobernador justo en el momento en que empieza a oírse por el foro, el rumor de una discusión entre el Ujier y, véase lo que son las casualidades, LA FAROLES, que entra en tromba en la secretaría, después de haber arrollado materialmente al Ujier que intentó contenerla. Tendrá

cualquier edad entre los cuarenta y los cincuenta pero es frescachona, vital, resuelta, en suma, atractiva. Por cierto, nada delata en su indumentaria, su profesión. Viste bastante morigerada y honestamente.)

UGARTE.- Oiga, oiga...

FAROLES.- Le he dicho a Vd. que soy La Faroles.

(LA FAROLES se dirige como un meteoro al despacho de FERMÍN. HERMINIO trata, igual que el Ujier, de impedir que entre en él. Pero LA FAROLES se abre paso a codazos y asoma por la puerta. Se encara con FERMÍN.)

Oye, galán. ¿Y tú vas a hacerme a mí esa charranada?

HERMINIO.- ¡¡Fuera!!

FERMÍN.- ¡¡Fuera, fuera!!

(Al fin LA FAROLES es expulsada a empellones entre el Ujier y HERMINIO, de los dos despachos, uno tras otro. Queda solo, en primer término del suyo, el Gobernador ROBLEDO.)

FERMÍN.- (De cara al público.) Narcisa...

(No se puede saber, aunque sí se adivine, en qué recuerdos se mece la memoria del Gobernador, mientras se hace el...)

OSCURO

Cuadro II

La misma escena. Han transcurrido diez días. En la calle, que se supone queda en el lateral derecha, sobre un gran rumor de manifestantes, cruzado de silbidos, de voces, de griterío, se improvisa un coro de mujeres que entonan la conocida canción de «Yo te daré, te daré niña hermosa, te daré una cosa, una cosa que yo sólo sé, café». El señor Gobernador se pasea en su despacho, de arriba a abajo, nerviosamente, las manos a la espalda, mascullando interjecciones con indudable violencia, pese a lo cual, ni siquiera

alcanzan a entenderlas los espectadores de la primera fila.

FERMÍN.- Y ahora, por si fuera poco, esos coros... ¡Señor Secretario!

(El señor Secretario mira al público y, por eso, tarda un poco en atender la llamada de su jefe. Tanto que éste tiene que entreabrir la puerta para repetírsela.)

¿Está Vd. sordo, o qué?

HERMINIO.- (Sorprendido y azarado.) No, no señor Gobernador. (Y entra inmediatamente en su despacho.)

FERMÍN.- Deleitándose con los himnos de la subversión, ¿no es así?

HERMINIO.- Por Dios, don Fermín...

FERMÍN.- Hay bastante gente; ¿verdad?

HERMINIO.- Pues... por el momento no hay mucha. Pero, cuando terminen las clases de la Facultad, seguramente habrá más.

FERMÍN.- ¿Qué quiere Vd. decir?

HERMINIO.- Que se incorporarán los estudiantes, eso es indudable. De momento, son voces blancas solamente.

FERMÍN.- Voces blancas... que color tan virginal ha elegido Vd. para referirse a esas pelandruscas... ¿Y qué hacen los guardias?, ¿no aparecieron aún?

HERMINIO.- Sí, es que se habían ido todos al puerto por si la huelga de estibadores daba lugar a algún incidente.

FERMÍN.- Pero, ¿quién fue a avisarles?

HERMINIO.- El ciclista Peláez, el más rápido de todos. Así, que de un momento a otro, espero que lleguen.

FERMÍN.- Y, mientras tanto, qué bochorno... (Incapaz de dominar su curiosidad, se traslada al despacho de ARENAS y mira, como él poco antes, lo que pasa en la plaza. De donde parten, ahora, tras unos segundos sin canciones, otra nueva. «Alirón, alirón -viva la prosti-tu-ción». Gusta sin duda, a las coristas y la repiten entreverada, como la anterior, de voces diversas.) Oiga, Arenas, son muchas más de las que imaginaba.

HERMINIO.- No, son prácticamente las justas.

FERMÍN.- ¿Cómo las justas?

HERMINIO.- Sí, cincuenta y dos. Veinticinco de la calle de Cervantes, doce de la calle de Muriel, que hacen treinta y siete y quince de la plaza de Hermida. Cincuenta y dos por junto.

FERMÍN.- Ahí, hay muchas más de cincuenta y dos, Arenas. Sólo que voy pensando que anda mal de la vista.

HERMINIO.- Bueno, se les habrán sumado algunas simpatizantes.

(De improviso una voz masculina canta con aire gregoriano: «Un Poncio, dos Poncios, tres Poncios en el coro -hacen la misma voz que un Poncio sólo». Es el «Un fraile, dos frailes, tres frailes...» adaptado a las circunstancias. Muchas voces masculinas repiten la misma estrofa con aire lúgubre.)

HERMINIO.- (Sombrío.) Llegó la universidad en pleno, señor Gobernador.

FERMÍN.- (Apretando los puños.) ¿Y qué traen...? ¿Una bandera...?

HERMINIO.- (Muy tímido.) ¿Vd. cree que es... una bandera?

FERMÍN.- (Sin dar crédito a lo que ve.) No, no lo es... es un retrato. ¿De quién es ese retrato? Me equivoco ¿O es de...?

HERMINIO.- Sí, don Fermín.

FERMÍN.- Del señor Ministro. Es del señor Ministro y... con una frente que no es la suya, que se la han adornado como jamás se atrevieron a hacerlo los periódicos de la oposición. ¿Donde está la fuerza pública que no disuelve a mandobles o a tiros a esas golfas y a esos maleantes? ¿Dónde demonios anda Peláez? Coja Vd. mismo el bombín y el bastón, Arenas, y tráigase a los guardias, pase lo que pase en el puerto. Y dígame al Brigada que le doy cinco minutos para despejar la plaza y que si quiere ascender a alférez ha de hacer sangre.

HERMINIO.- Sí, señor Gobernador... (Abandona el balcón, no muy resuelto a cumplimentar las órdenes que ha recibido. Por fortuna el giro que toman los acontecimientos se lo hace inútil.)

FERMÍN.- Eh, eh... No se mueva... Ahí llegan..

(ARENAS regresa a su observatorio. Se oyen a través del balcón, gritos, voces de protesta, un clarín.)

¡Venga, venga, duro...! ¡¡Así se hace!! ¡¡Bravo, tú ascenderás!!

(La manifestación ha debido de ser disuelta, según todos los síntomas. DON FERMÍN vuelve frotándose las manos, a su despacho oficial.)

HERMINIO.- ¡Se acabó!

FERMÍN.- Estuvo bien el Brigada, ¿verdad?

(HERMINIO asiente.)

Es hermoso ver a nuestros subordinados cumplir con su deber.

HERMINIO.- ¡¡Cómo corrían todas!!

FERMÍN.- Lo que ha sido una lástima es que el Brigada haya perdido el casco. Fíjese bien, en como el ridículo malogra, a veces, la victoria.

HERMINIO.- Profunda frase, señor Gobernador.

FERMÍN.- Al Brigada la bruja aquella le quitó el casco de un guantazo. Mirando por el principio de autoridad, que es el que nos importa mantener a toda costa, el Brigada debió de haberle hecho un buen siete en donde Vd. sabe.

HERMINIO.- Ea, más vale que no haya habido heridos.

FERMÍN.- Sí, mejor es. Me desagradaría pasar a la historia de la

provincia como mi predecesor López Ruiz, el carnicero.

HERMINIO.- En cuanto a eso, tranquilo, don Fermín.

(Por la izquierda aparece DOÑA JULIA.)

JULIA.- ¿Qué eran esos gritos y esas canciones?

FERMÍN.- Julia, no hagas preguntas tontas. La fuerza ha tenido que disolver una manifestación de mujeres.

JULIA.- ¿Y qué va a suceder?

FERMÍN.- Nada. ¿Qué quieres que suceda? El orden ha sido restablecido y santas pascuas.

JULIA.- Estas bromas, ¿no irán a costarte el puesto, Fermín?

FERMÍN.- Muy al contrario: me afirmarán en él. ¿Digo bien o no?

HERMINIO.- Sí, señor, dice bien.

FERMÍN.- Anda, anda Julia. Tú a tus cosas y déjame a mí con las mías.

(La ahuyenta. JULIA se dispone a obedecerle cuando se oye ruido en el despacho del Secretario. Es el Coronel PLANELLES, hombre obeso y sanguíneo. Deja el bastón de mando y el ros en la secretaría -es inútil decir que su uniforme es el que corresponde a los años de principio de siglo-, mientras busca a derecha e izquierda a quién dirigirse. Pero no tarda mucho en encontrarlo porque HERMINIO ARENAS vuelve a su despacho.)

HERMINIO.- Ah, mi coronel, buenos días.

PLANELLES.- Buenos días. Necesito ver al señor Gobernador.

HERMINIO.- Estoy seguro de que le recibirá en seguida.

(De nuevo en el despacho del Gobernador.)

El Coronel Planelles que quiere saludarle.

FERMÍN.- Que pase. (A JULIA que remolonea un tanto y que aún asoma la jeta por la lateral izquierda.) ¡¡Fuera, he dicho que fuera!!

JULIA.- Déjame ver al coronel.

FERMÍN.- Ya lo verás cuando desfile.

(Ahora, sí, mutis definitivo de JULIA. Entra el Coronel que se cuadra en la puerta.)

PLANELLES.- A la orden del señor Gobernador.

FERMÍN.- Buenos días, mi coronel, ¿cómo vamos?

PLANELLES.- Me gustaría responderle que sin novedad pero, por desgracia, no es así.

FERMÍN.- ¿Hay novedad?

PLANELLES.- Y mucha. Parece que la orden se lleva adelante.

FERMÍN.- ¿De qué orden habla Vd.?

PLANELLES.- Por Dios, señor Gobernador... ¿de cuál va a ser? De la

que se habla en toda la ciudad... la del cierre de las casas de mala nota.

FERMÍN.- Pues, sí, desde primeros de mes.

PLANELLES.- Y estamos a diez... O sea, que dentro de unas tres semanas más o menos...

FERMÍN.- Así es.

PLANELLES.- Mire, señor Gobernador. A mí no me toca meterme en historias. Yo soy un militar y obedezco. Que a mí me dicen: acuartélese y me acuartelo; que a mí me dicen: declare el estado de guerra, y lo declaro; que a mí me dicen: dispara, y yo apunten y fuego. Soy un militar disciplinado. ¿Vd. me sigue?

FERMÍN.- Sí, le sigo... y con mucho afecto.

PLANELLES.- Gracias. En consecuencia: yo estoy dispuesto a cumplir lo que se me mande pero eso no quita para que haga ver a... quien manda, las consecuencias que pueden deducirse de que yo obedezca. ¿Me sigue Vd. señor Gobernador?

FERMÍN.- Hasta el fin del mundo.

PLANELLES.- ¿Y ha pensado en cuáles pueden ser para mí esas consecuencias?

FERMÍN.- ¿Para Vd.?

PLANELLES.- Para mí estrictamente, no. Pero para las fuerzas que yo mando, sí.

FERMÍN.- Pues, le seré sincero. En eso ni he pensado yo ni, con seguridad, ha pensado el señor Ministro, ni ha pensado nadie.

PLANELLES.- Es una pena que todos se desentiendan de los problemas que afectan a la guarnición pero... ¿me quiere decir qué voy a hacer yo del Regimiento el próximo domingo...?

FERMÍN.- Explíquese.

PLANELLES.- Una parte del Regimiento los domingos se queda de guardia, como es natural. Eso, no crea problemas. Tute, dominó y listos. Otra se va con sus novias. Por cierto, tengo un recluta en el batallón que sale con la cocinera de Vds. y que me parece que es un buen muchacho y con posibles. Dígaselo.

FERMÍN.- Se lo diré.

PLANELLES.- Pero, el grueso del Regimiento, querido Gobernador, acude a esos locales donde pasa la tarde. Si se cierran, ¿qué hago yo con los muchachos?

FERMÍN.- Comprendo sus preocupaciones: son muy legítimas. Un coronel debe ser para sus soldados, como un buen padre y Vd. se inquieta pensando donde podrán meter se esas criaturas los domingos, faltos de sus lugares de sano esparcimiento. ¿Le interpreto bien?

PLANELLES.- Maravillosamente.

FERMÍN.- Pues mire, así de golpe, no sé qué contestarle. ¿Cuántos son esos valientes?

PLANELLES.- Baján muy poco de los trescientos.

FERMÍN.- ¡Caramba, muchos son! ¿Dónde podríamos meterlos? Al teatro, ¿no van?

PLANELLES.- Van cuando hay cupleteras o funciones de cantar pero el teatro, lo que se dice el teatro, les aburre de muerte.

FERMÍN.- ¿Y marchas? ¿No podría arreglar unas marchas, unas

maniobras para distraerlos?

PLANELLES.- Dispéñeme que le diga, sin faltarle al respeto, que Vds. los paisanos, tienen de las maniobras una idea bastante peregrina. ¿Qué creen? ¿Que se montan así como así, en la punta de un palito? Pues, no señor. Exigen tiempo y preparativos y dinero. ¿Me sigue Vd.?

FERMÍN.- Sí, sí, ¿o sea, que no es posible que contemos con las maniobras?

PLANELLES.- No, señor.

FERMÍN.- Pues entonces, mi querido coronel, no sé qué contestarle.

PLANELLES.- Yo estoy preocupadísimo.

FERMÍN.- Sí, ya lo veo. Pero yo no soy quien dicta la orden sino quien la ejecuta.

PLANELLES.- Ya sé, ya sé. Es de Madrid de donde viene la cosa. Claro... ¿Qué sabe el Ministerio de la Gobernación de lo que eso supone para el Ministerio de la Guerra? Los civiles tratan a los militares como si fuesen menores de edad. Pues esa medida va a traer muchos flecos. Y si no, al tiempo. Por de pronto, ya vio la manifestación que llenaba la plaza...

FERMÍN.- No exageremos...

PLANELLES.- Que la llenará, señor Gobernador, porque no se imagine Vd. que esos cuatro guindillas que la han disuelto hoy, bastarán mañana cuando a esas desdichadas y a los estudiantes, se les unan los obreros del puerto. Y ya me dirá Vd. qué es lo que va a hacer entonces sino quiere que lleguen hasta su despacho.

FERMÍN.- Primero de todo, señor coronel, le agradecería que, prescindiendo de ciertos vulgarismos que están muy en uso para desgracia de todos, no llame Vd. guindillas a los guardias de seguridad que, muy modestamente y con muy pocos elementos, cumplen bastante bien su papel. A uno de ellos le hicieron un chirlo el jueves, con una pedrada, al pasar por las obras de la Diputación, que no hay quien se lo mejore en la plaza. Respeto, pues, para los guardias de seguridad que también hay héroes entre los guindillas.

PLANELLES.- No se amontone, señor Gobernador, que en mi ánimo no estaba menospreciar a nadie y menos a las fuerzas del orden, que estimo muchísimo. Lo que sí quería decirle, es que, si hubiese que sacar la tropa a la calle, ignoro con qué moral lo haría.

FERMÍN.- Esté tranquilo. Para cuanto suceda se basta y se sobra la autoridad civil.

PLANELLES.- En ello confío... Bueno... me voy como entré: o sea, sin saber qué haré el domingo con el Regimiento.

FERMÍN.- Todo se arreglará de una manera o de otra.

PLANELLES.- Esperémoslo. A la orden de Vucencia.

FERMÍN.- Buenos días.

(El coronel PLANELLES se cuadra y se va por la puerta de la Secretaría después de haber recogido el ros y el sable. Mientras duró la entrevista con el coronel, HERMINIO anduvo abriendo algunas cartas. La última le mueve a risa, una risa incontenible que mal

disimula mientras, con la carta en la mano, despide a PLANELLES al que no le pasa inadvertida su hilaridad.)

PLANELLES.- (Con cierta reticencia.) Le veo a Vd. bastante divertido.

HERMINIO.- No, mi coronel, es que...

PLANELLES.- Muy buenos días, señor mío.

HERMINIO.- Vd. me manda.

(A HERMINIO la risa le asalta de nuevo. FERMÍN llama al timbre y HERMINIO entra en el despacho y riéndose siempre, le muestra la carta al Gobernador.)

FERMÍN.- ¿Qué le pasa?

HERMINIO.- Según un tal Prudencio Moscoso, esta provincia no tiene himno.

FERMÍN.- Bien. ¿Y qué?

HERMINIO.- (Lee.) «Eso es tan grave como si no tuviese gas, ni alcantarillado, ni telégrafo». El señor Moscoso se brinda a subsanar esa deficiencia y manda algunos versos para que les ponga música el Director de la Banda Municipal. «Tierra de caras bonitas y de mujeres cabales...»

FERMÍN.- ¡Caramba!

HERMINIO.- «De guerreros y de santos, está tu historia poblada...»

FERMÍN.- (Con un gesto escéptico.) De guerreros, tal vez, ahora, de santos...

HERMINIO.- (Sigue leyendo.) «Tierra de sol y arreboles, de naranjos florecidos...»

FERMÍN.- De eso, sí hay más. Pero, óigame, esos versos no riman.

HERMINIO.- Posdata: «Las rimas las enviaré si me encargan el himno».

FERMÍN.- Ah, es hombre previsor.

HERMINIO.- Dice que viene de Sudamérica donde ha hecho los himnos de varias colonias de emigrantes gallegos y asturianos y que espera su contestación.

FERMÍN.- ¿De coroneles no habla?

HERMINIO.- Tal vez están incluidos en el grupo de los guerreros.

FERMÍN.- Mire, Vd., Arenas...

HERMINIO.- Le veo a Vd. preocupado, don Fermín.

FERMÍN.- Ese militarcito me ha puesto de mal humor. Dígame. ¿Hay alguna visita más anunciada para hoy?

HERMINIO.- La de don Ordoño Cristales.

FERMÍN.- ¿Y quién es el señor Cristales?

HERMINIO.- Un abogado muy conocido, especialista en monjas, frailes y huérfanos.

FERMÍN.- Que clientela tan particular ¿Y qué quiere?

HERMINIO.- No lo sé.

FERMÍN.- Que pase cuando llegue.

HERMINIO.- Óigame... (Burlonamente.) ¿qué le contesto al del

himno?

FERMÍN.- «Que de tontos y de locos, tenemos aquí unos pocos...»

HERMINIO.- (Muy contento.) Riman, riman...

(El Ujier entra por el foro de la Secretaría y se asoma a la puerta del despacho del Gobernador.)

UGARTE.- Está el señor Cristales.

HERMINIO.- Que entre.

(El Ujier hace mutis para cumplimentar la orden. HERMINIO va a su despacho. El señor CRISTALES aparece en seguida. Es un hombre circunspecto, pulcro, frío, con doctorales lentes, que viste levita, luce una corbata de plastrón y lleva bombín y guantes. Trae, también, una cartera de piel.)

CRISTALES.- Buenos días.

HERMINIO.- (Con una extraña mezcla de cortesía y complicidad.) El señor Gobernador está esperándole.

CRISTALES.- Ah, qué amable.

(HERMINIO introduce al señor CRISTALES en el despacho del Gobernador y se confina en el suyo.)

CRISTALES.- Señor Gobernador...

FERMÍN.- ¿Cómo van las cosas, señor Cristales? ¿Mucho trabajo?

CRISTALES.- Esta no es una provincia muy pleiteadora. Aquí, algunas diferencias que debieran ventilarse lógicamente en los tribunales los interesados, las resuelven negándose el saludo o desafiándose, en suma, escapándose de los abogados. Pese a todo, siempre hay problemas y, uno de ellos, es el que me trae hoy a este despacho.

FERMÍN.- Vd. dirá.

CRISTALES.- ¿Es verdad que se cierran las casas de mala nota de la ciudad?

FERMÍN.- Sí, señor.

CRISTALES.- Bien. Según eso (Habla muy rápidamente como si leyera.) la tal medida afectará a una sita en la calle de Cervantes número catorce, construida sobre un solar de quinientos metros cuadrados con fachada a la susodicha calle y a la de San Bernardo y Clavel, de dos plantas y una tercera abuhardillada, con un gravamen hipotecario de cincuenta mil reales, que devenga un interés de un 4,25 por ciento y una servidumbre a favor de...

FERMÍN.- Tal vez sí.

CRISTALES.- Muy bien. La medida es, si Vd. me lo permite, grandilocuente de una parte y de la otra cruel.

FERMÍN.- Señor Cristales...

CRISTALES.- Me considero en el deber de decirle que los

propietarios de Cervantes, 14 son Amadeo, Toñín y Purita Antúnez.

FERMÍN.- Muy señores míos...

CRISTALES.- Ah, tal vez es excesivo referirse a ellos tan ceremoniosamente. Amadeo tiene once años... y es el mayor de los tres. Pero el apellido que llevan, ese sí, merece todos los honores...

FERMÍN.- Antúnez... no recuerdo...

CRISTALES.- Pues valdría la pena que lo recordase y, discúlpeme Vd. señor Gobernador que le reproche su olvido. Amadeo Pérez Antúnez, ¿se orienta Vd.?

FERMÍN.- Tácheme de ignorante o de lo que sea pero...

CRISTALES.- El incendio del mercado viejo... ¿tampoco oyó hablar de ese incendio? Fue uno de los que dio categoría a nuestra ciudad. Hasta entonces, reconozcámoslo, apenas si se hablaba de ella en el país. Pero, a partir de ese momento, todo cambió. Dieciocho cadáveres, dieciocho, se recogieron y veintidós personas entre clientes y bomberos sufrieron quemaduras de tercer grado... Sí, sí... Por fin, para orgullo de nuestra provincia, una verdadera catástrofe nacional.

FERMÍN.- Bueno, de ese incendio, claro que oí hablar... Hace ya mucho tiempo, ¿no?

CRISTALES.- Purita es hija póstuma.

FERMÍN.- Hija póstuma, ¿de quién?

CRISTALES.- Del jefe de los bomberos, Un héroe que, a costa de su vida, impidió que el incendio se extendiese y abrasara la ciudad entera. (Con un punto de irritación.) ¿Es posible que no haya pasado Vd. nunca por la plaza de San Jerónimo? En el centro, escondido entre los árboles, hay un hombre de buena planta, con un uniforme maltrecho, con una manguera en la mano y una cuba en los pies...

FERMÍN.- La verdad, yo... ¿A qué horas?

CRISTALES.- En bronce, señor Gobernador.

FERMÍN.- Ah, sí, ya caigo... una estatua.

CRISTALES.- Erigida por suscripción pública, a la memoria de Amadeo Antúnez, bombero admirable si los hay... Por suscripción pública, también, se compró el inmueble sito en la calle de Cervantes, 14 de cuyas rentas viven los tres huérfanos a los que antes me refería: Amadeo, Toñín y Purita, de once, diez y nueve años de edad; de los cuales soy tutor.

FERMÍN.- Comprendo.

CRISTALES.- Primeramente, estuvo allí la Sociedad de Amigos de la Provincia pero, al disolverse porque a esta provincia la quiere poca gente y se quedó sin socios, decidí alquilarla a alguien que me ofreciese más garantías de permanencia, ¿cómo le diría a Vd.?, a gente más estable.

FERMÍN.- Ya. Y fue entonces cuando Vd. dio entrada a...

CRISTALES.- Señor Gobernador: nadie podrá reprocharme que yo no haya defendido a mis pequeñuelos como ellos se merecen. Yo sé las angustias que me hicieron sufrir los Amigos de la Provincia para cobrar los recibos y, antes de ellos, la varia fauna que pasó por

allí funcionarios, rentistas arruinados, comerciantes...

FERMÍN.- ¡Hasta que llego La Faroles!

CRISTALES.- La Faroles, para mí, no existe. Supongo que se estará Vd. refiriendo a doña Narcisa Hernández Rodríguez, que paga como Dios.

FERMÍN.- Para Vd. eso es lo único importante: que le paguen. Lo mismo le da arrendar la casa a la Mano Negra, a una Sociedad benéfica, o a esa que dirige doña Narcisa Hernández.

CRISTALES.- Permítame que le diga que no hay tanta diferencia entre las dos últimas...

FERMÍN.- (Un poco irritado.) Señor Cristales...

CRISTALES.- El bien se puede hacer de distintas formas.

FERMÍN.- Pues ahora se acabó el hacerlo a la manera de La Faroles y La Faroles con sus amiguitas o, si Vd. lo prefiere, doña Narcisa Hernández Rodríguez con sus consocias, se va a la puñetera calle...

CRISTALES.- ¿Cómo ha dicho, señor Gobernador?

FERMÍN.- ¡A la puñetera calle!

CRISTALES.- ¡Qué manera de hablar! La primera autoridad civil...

FERMÍN.- A fin de cuentas, ¿cuál es su problema? ¿Qué se le vacía la casa? ¿Y eso, qué? ¡Imagínese si por cada casa que se desalquila, tuviera yo que preocuparme!

CRISTALES.- Es que las demás casas que se desalquilan se vuelven a alquilar. Pero, ¿me quiere decir quién es el guapo que se va a Cervantes, 14 después que la desaloje doña Narcisa, a vivir con su familia? Esa es una casa señalada ya para varias generaciones...

FERMÍN.- Bah... la gente se olvida pronto...

CRISTALES.- Tengo por seguro que pasarían los años: en Cervantes, 14 se instalaría, pongamos como persona respetable, el Delegado de Hacienda y aún aparecerían los huertanos desde los pueblos a altas horas de la noche preguntando a la digna esposa del Delegado, el precio de la dormida.

FERMÍN.- Rebaje el alquiler y le quitarán la casa de las manos...

CRISTALES.- No, no, señor Gobernador, eso sólo tiene una solución, derribarla.

FERMÍN.- ¿Por qué no previno esos riesgos cuando la arrendó?

CRISTALES.- Porque, primeramente pensé que ese negocio era eterno y no sujeto a las veleidades, a los caprichos de las modas, como los otros. Y, segundo, porque mis inquilinos...

FERMÍN.- Dirá Vd. inquilinas...

CRISTALES.- Como guste. Las inquilinas de la calle de Cervantes harán una vida más o menos irregular...

FERMÍN.- Eso no, regularísima, siempre la misma...

CRISTALES.- Acepto su ironía, pero pagaban 12.000 reales al año más que los Amigos de la Provincial de modo que, cuando Toñín se pegó un leñazo jugando al marro en la plaza de su padre y hubo que escayolarle, no tuve ningún problema.

FERMÍN.- Yo siento mucho lo que me cuenta...

CRISTALES.- (A las buenas.) No hay que ser sectarios, señor Gobernador, no hay que ser sectarios...

FERMÍN.- Mire Vd., el cierre de las casas consistoriales...

CRISTALES.- ¿Qué oigo? ¿Las cierran también?

FERMÍN.- Dispéñeme... Ya sabe Vd. a qué me refiero... El cierre de las casas de mala nota es una medida de salud pública que debemos apoyar todos.

CRISTALES.- Sí, pero de la que resulta herido uno de los sectores más amantes del orden de este país. Gentes de ideas sanas, aunque le extrañe, muy conservadoras. Y que no enredan nada. Yo respeto al Gobierno pero, la verdad, habiendo tantos conflictos sin resolver son ganas de que le coja a uno el toro, meterse en este de las casas consistoriales. (Le entra la risa poco a poco hasta convertirse en una carcajada casi nerviosa que difícilmente retiene.) Ah, sí, sí... me apunto al nombrecito... Las consistoriales...

FERMÍN.- (Con severidad.) Señor mío: estamos entre personas serias.

CRISTALES.- Discúlpeme pero es que realmente... (Y trata de contener la risa que le rebrota como los juegos en el campo.)

FERMÍN.- (Con actitud.) ¡Señor Cristales! ¡Se acabó!

CRISTALES.- Así, pues, la medida no hay quien la toque.

FERMÍN.- No, señor.

CRISTALES.- Bien. ¿Qué le vamos a hacer? Lanzas Vds. a tres huérfanos a la indigencia. Si don Amadeo levantara la cabeza...

FERMÍN.- ¿Qué don Amadeo? Ah, el de la estatua...

CRISTALES.- Sí, se preguntaría a sí mismo: Para quienes me corresponden de esta manera, ¿valía la pena de que yo me hubiera expuesto a que me desnucase la viga del mercado viejo y a que me quedase frito, y nunca mejor empleada la palabra, la tarde del incendio? ¿Qué opina Vd.?

FERMÍN.- Opino que ya estoy hasta las narices -y no digo otra cosa porque soy la primera autoridad civil- de todas sus divagaciones y que le ruego que considere terminada esta entrevista.

CRISTALES.- Muy bien. Mañana, en unión de esas tres criaturas indefensas, iré a poner unas flores en la estatua de su padre, el bombero ejemplar.

FERMÍN.- Está Vd. en su derecho de hacer también, lo que le salga del mismo sitio.

CRISTALES.- ¿De qué sitio, señor Gobernador?

FERMÍN.- De las narices, señor Cristales.

CRISTALES.- (Intimidado.) Ah..., pues, buenos días.

FERMÍN.- Buenos días.

(El Sr. CRISTALES hace mutis, despedido con las salvas de ordenanza.)

HERMINIO.- (Muy zalamero.) Hasta siempre, señor Cristales.

CRISTALES.- (Seco.) Hasta siempre.

(El Gobernador, en el ínterin, se pasea furioso por su despacho.)

FERMÍN.- Mameluco, ese mameluco...

(ARENAS aparece y desaparece por la puerta de comunicación.)

¡Arenas!

HERMINIO.- (Vuelve.) Perdóneme, creí que estaba hablando con alguien.

FERMÍN.- Estaba hablando conmigo mismo. ¿Vd. no habla nunca consigo mismo?

HERMINIO.- Como insultaba a no sé quién...

FERMÍN.- Sí, llamaba mameluco al señor Cristales. Y me he quedado con la pena de no llamarle cosas peores. En fin, ¿pasa algo?

HERMINIO.- Sí. El Brigada se ha incautado del retrato que llevaban los manifestantes y ha detenido a quien les capitaneaba.

FERMÍN.- ¿Quién era?

HERMINIO.- La Faroles, señor Gobernador. Que, por cierto, esta diciendo en el calabozo que si le dejasen hablar con Su Excelencia, lo arreglaría todo.

FERMÍN.- Caramba...

HERMINIO.- En mi opinión... ¿Vd. me disculpa, verdad?... yo creo que con escucharla, no se pierde nada.

FERMÍN.- Realmente, La Faroles encontró en Vd. un buen abogado. ¿Qué hay entre esa prójima y Vd.?

(Silencio de HERMINIO.)

La lealtad es la primera condición de un Secretario.

HERMINIO.- Mire, no puedo negarle que en una época de mi vida, cuando yo era jovencito y, por lo tanto, más ardiente y andaba a dos velas...

FERMÍN.- ¡Ya salió eso!

HERMINIO.- Pues sí, La Faroles fue muy generosa y me permitió visitar su establecimiento los lunes, haciéndome tarifas especiales que sé yo, portándose como una marquesa.

FERMÍN.- Tiene Vd. una idea de las marquesas muy demagógica.

(Transición.) Bien. Todo sea por su fogosidad juvenil. Hágala subir.

(HERMINIO abre la puerta de su Secretaría y da unas órdenes. En seguida vuelve a entrar con un retrato sujeto a un bastidor de un metro y medio por ochenta aproximadamente. El retrato está hecho a carboncillo y representa un bigotudo caballero con uniforme de ministro de la monarquía, cuyo pecho cruza la banda de una gran cruz. En la frente hay dos agujeros muy visibles.)

FERMÍN.- (Después de contemplarlo unos segundos.) A mí no me duelen prendas: como dibujo no está mal del todo. ¿Quién lo ha hecho?

HERMINIO.- No sé.

FERMÍN.- Sea quién haya sido el autor, tiene aptitudes, eso es evidente.

(Entra JULIA por la izquierda.)

JULIA.- ¡Anda! El Ministro.

FERMÍN.- Sí, el mismo.

JULIA.- Demasiado gordo lo han sacado, encuentro yo.

FERMÍN.- Yo creo que no.

JULIA.- ¿Y esos agujeros que le han hecho en la frente?

FERMÍN.- (Con sequedad.) Retírate, Julia.

JULIA.- ¿Es que no se puede preguntar?

FERMÍN.- ¡Retírate, Julia!

JULIA.- Ay, hijo, estás que no hay quien te aguante. (Protesta pero obedece y se va.)

FERMÍN.- A propósito... ¿de qué eran...?, ¿de cartón? (Se refiere a los cuernos del señor Ministro con un ademán que no deja lugar a dudas.)

HERMINIO.- Eran auténticos. Se los regalaron en el matadero.

FERMÍN.- Qué lamentable solidaridad... y qué insolencia...

HERMINIO.- Yo lo he desmentido rotundamente.

FERMÍN.- ¿Qué es lo que ha desmentido Vd.?

HERMINIO.- Que los tuviera el señor Ministro.

FERMÍN.- (Vehementemente.) ¡Demonio!, ¡pues no ha hecho Vd. nada de más!

(HERMINIO advierte algún ruido anormal en la Secretaría y se traslada a ella. Le basta abrir la puerta para que se encuentre a nuestra amiga LA FAROLES.)

FAROLES.- Dígale al señor Gobernador que vengo en son de paz.

HERMINIO.- De acuerdo. (Desde la puerta de comunicación.) Señor Gobernador: La Faroles, en son de paz.

FERMÍN.- Que entre.

(HERMINIO se aparta y cede el paso LA FAROLES. LA FAROLES entra en el despacho de FERMÍN. Los dos se miran, en silencio, de pie. FERMÍN parapetado tras la mesa, ella cercana a la puerta todavía. Hay una larga pausa. FERMÍN evoca, sin duda, viejos tiempos.)

¿Quién me iba a decir a mí que la famosa Faroles, tan popular, tan batalladora, era simplemente... Narcisa?

FAROLES.- (Con melancolía.) Ya lo ves... la vida.

FERMÍN.- ¿Cuándo cambiaste de nombre?

FAROLES.- No sé... hace mucho.

FERMÍN.- ¿Quién te lo puso?

FAROLES.- Un cliente. Decía que me brillaban los ojos. El brillo,

lo perdí. Me quedó el mote.

FERMÍN.- (Le sonrío.) Bueno... según parece, vienes en son de paz. Hace media hora en son de guerra, ¿no?

FAROLES.- Tú sabes que no soy yo quién la ha empezado. Yo llevaba mucho tiempo, pacíficamente, en la calle de Cervantes, sin meterme con nadie, sin molestar a nadie, sin que en mi casa se oyese una palabra más alta que la otra. Y, de pronto... ¿qué voy a contarte? Yo me defiando, eso es todo.

FERMÍN.- Narcisa...

FAROLES.- ¿Qué?

FERMÍN.- Verte, me rejuvenece, no sabes bien hasta qué punto. No me importa confesar que te miro con simpatía, hasta con emoción.

FAROLES.- Es natural. Los dos hemos empezado nuestra carrera al mismo tiempo.

FERMÍN.- Perdóname pero preferiría que no comparases una con otra.

FAROLES.- (Se ríe queriéndose hacer perdonar.) Me refiero a la fecha. (Ahora se encrespa levemente.) Y tampoco hay porqué ponerse moños. Yo, mi carrera de mujer pública, tú la de hombre público. Ya notarás que los nombres se parecen bastante.

FERMÍN.- (En tono de amable reproche.) Narcisa...

FAROLES.- Te he rondado sin que te dices cuenta. Y el día en que llegaste, fui a la estación, para ver si habías cambiado mucho.

FERMÍN.- ¿Me reconociste...?

FAROLES.- Tonto... Los mismos ojos, el mismo pelo, la misma expresión...

(FERMÍN señala la curva de la tripa.)

bueno... eso sí... un poco más llenito... es natural... pero idéntico... Había mucha gente esperándote, claro... al nuevo gobernador... Y tú no me viste a mí, escondida debajo del reloj... Miedo me hubiese dado de que me reconocieses... Y algunas tardes, no creas, también he pasado por la plaza, a ver si había luz en tu despacho... Bobadas, ¿verdad?

FERMÍN.- Bobaditas, sí.

FAROLES.- Quizá... La verdad es que siempre te tuve ley.

FERMÍN.- ¿Por qué no habías de tenérmela?

FAROLES.- A mí me lanzaste tú. Yo estaba en la Pensión Moderna de la calle de Fuencarral, de chica para todo. Tú tomaste eso al pie de la letra y me honraste acostándote conmigo.

FERMÍN.- Caramba...

FAROLES.- ¿Qué te sorprende? ¿Lo de que me honraste? Pues claro que sí. Hace poco entró una de Madrid a la que preguntamos, qué curiosidad tonta, cómo había empezado y nos contestó que a ella la había deshonorado un catedrático. Me entró una rabia que no sé cómo no la puse en la puerta de la calle. Lo que ha hecho ese catedrático, cretina -la dije- es honrarte y no deshonorarte. Y a mí me hubiera cuadrado el camarerillo del cafetín de la esquina o el cartero de los reembolsos, que me pellizcaba siempre que salía a abrirle y, en lugar de esos zafios, apareciste tú y remataste la

suerte, tú, que has sido, según dicen, un águila de la Prensa y después Diputado y después Gobernador Civil y mañana cualquiera sabe. Pues a mí, y lo canto donde me quieran oír, tú me has honrado.

FERMÍN.- Yo te agradecería que lo cantases en el menor número de sitios posible.

FAROLES.- Además tú no me engañaste nunca. Eso también lo he dicho siempre. No lo he olvidado. (Se le ilumina la mirada.) El tuyo era el mejor cuarto de la pensión. Doña Encarna te mimaba mucho y tú, una mañana entraste en el mío a que cosiese un botón en la chaqueta... Bueno, ese fue el pretexto...

FERMÍN.- (Se ríe con levedad.) Tal vez...

FAROLES.- Y me dijiste... Fíjate si ha llovido: pues te puedo repetir punto por punto lo que me dijiste. «Niña...», me llamabas niña, entonces, «qué cama tan estrecha tienes. Ya son ganas de pasar la noche ahí pudiendo hacerlo en la mía que es más ancha». Tú me prometías que estaría más cómoda. Y no mentiste.

FERMÍN.- Celebro que lo reconozcas.

FAROLES.- Y, sin embargo, ya ves, cómoda... La palabra no es esa. Lo que fui, Fermín, es feliz como no lo he vuelto a ser nunca tanto. Además me escribiste una poesía.

(FERMÍN se ríe.)

FERMÍN.- Pues es verdad...

FAROLES.- ¡Huy, si la recordaras, me darías un alegrón, porque eso significaría que no me habías olvidado por completo. Era preciosa y yo la tenía guardada hasta que un tipejo me la rompió. Me dio una rabia... pero casi me la sé de memoria. «Narcisa, tiene Narcisa -una manera de mirar y una sonrisa...»

FERMÍN.- (Se ríe de nuevo con un punto de emoción.) No, no era así... Espera... «Narcisa, tiene Narcisa -un mirar y una sonrisa...»

FAROLES.- Eso, eso... «Tiene una blanca camisa -que no me quiere enseñar- Y yo la busco y la sigo -para acostarse conmigo...»

LOS DOS.- «y si al fin no lo consigo, -la pena me va a matar».

FAROLES.- (Suspira arrobada.) Es la única poesía que me han hecho en mi vida y que me harán. ¿Por que no me la escribes otra vez?

FERMÍN.- (Burlón.) ¿Con membrete del Gobierno Civil...?

FAROLES.- No sé lo que es un membrete. Con tu letra, quiero decir...

FERMÍN.- Ay, Narcisa, Narcisa...

FAROLES.- La verdad es que eres un poetazo.

FERMÍN.- Bah...

FAROLES.- Y, por si fuera poco, Fermín, qué fuerte, qué fuerte eras también. (Mueve los dedos de la mano derecha como si rasguease un guitarra.) ¡Caray, vaya, un tío completo!

FERMÍN.- (Se levanta, echa una miradita a las habitaciones

interiores para cerciorarse de que no le puede oír JULIA, cierra la puerta y gana de nuevo su sillón. Sonríe, halagado.) La juventud, Narcisa.

FAROLES.- Qué juventud ni qué jolines... ¿Te crees que no he conocido más jóvenes que tú? Claro que sí. Pero parecían tísicos a tu lado.

FERMÍN.- (Se medio ríe.) Mujer... afición al trance siempre la tuve.

FAROLES.- Eso se nota. Y una gracia especial... Y, sobre todo... un poderío... ¡Madre!

FERMÍN.- Tampoco hay que exagerar...

FAROLES.- A los hombres os mata la curiosidad de saber en cuánto está la marca, ¿no? Pues a los que me la preguntan, siempre les doy la tuya. Naturalmente sin apellidos y menos ahora, que eres un personaje. (Silba ponderativamente.) Eso es lo que me contestan, silbando, los que se lo creen porque hay otros que piensan que les estoy tomando el pelo.

FERMÍN.- Pues, puntos de referencia no te habrán faltado.

FAROLES.- Tampoco han sido tantos... Hombre, claro, en un negocio así, ocasiones para comparar las hay a porrillo. Oye, conste que yo no fui nunca pupila, sino encargada... Pero los clientes son muy caprichosos: «Que la morenita de Huelva; que no, que la que me gusta es la encargada; que Cecilia, la pechos, no: la encargada; que la encargada o me voy...» Y ya, las cosas así... ¿qué se va a hacer? Puntos de referencia, como tú dices, los ha habido pero, vamos... no a barullo. Y ninguno, te lo juro por mis muertos, que sirviese ni para descalzarte. (Maliciosa.) ¿Te regala el oído lo que te estoy diciendo...?

FERMÍN.- Desagradable no lo es...

FAROLES.- Las mujeres somos muy agradecidas con quienes se esmeran. De vuestras proezas presumimos tanto como vosotros. El caso es que yo he estado siempre muy orgullosa de ti.

FERMÍN.- No creo que valga la pena...

FAROLES.- Y el día en que hablaste en lo del monumento al Cid Campeador, antes del lío este, fui a oírte.

FERMÍN.- (Entorna los ojos y evoca su discurso.) «Gloria legítima de la raza, mezcla sagrada de leyenda y de historia, trajiste a estas tierras lejanas, tu heroísmo de burgalés; invicto, tu corona de...»

FAROLES.- Estuviste de perlas... Y poco que presumía yo de haber empezado la vida a tu vera. Oye, y pensaba, así, sin decírselo a nadie, claro: -Pues si ciertas cosas se premiasen, el Fermín de mis entrañas, también se merecería un monumento...

(Se ha conmovido un poco, involuntariamente. Hay una pausa. La onda sentimental, que emana de las palabras de LA FAROLES, parece como si los envolviese un poco a los dos.)

FERMÍN.- Bueno, Narcisa...

FAROLES.- Por eso, cuando se empezó a rumorear la bromita esa que nos estáis gastando, yo las tranquilizaba a todas: «Calma, calma, que no llegará la sangre al río...» Porque me imaginaba que estando tú aquí, te acordarías de algunas cosas y me defenderías. Hasta que, desengañada, me he decidido a sacar las uñas.

FERMÍN.- Pues por mal camino vas.

FAROLES.- ¿Crees que no lo sé? Y, buena prueba es que, si he pedido que me recibas, es para decirte que estoy dispuesta a un arreglo.

FERMÍN.- ¿A un arreglo?

FAROLES.- Lee esto. (Le tiende unos papeles.) Mis papeles. Primero mi cartilla. Yo no he ejercido mi profesión ilegalmente, cosa que hubiese podido hacer como otras muchas, que hay que ver la competencia con la que tenemos que luchar fuera del oficio.

FERMÍN.- Bien.

FAROLES.- Ahí está mi nombre, mi fotografía y hasta mi fecha de nacimiento, que fue lo que más me costó poner.

FERMÍN.- Ya, ya la veo...

FAROLES.- Segundo: el permiso que me dieron, firmado por ese que estuvo antes que tú, el Carnicero... Yo soy mujer pública, como dice la cartilla; pero con todos los sacramentos.

FERMÍN.- Sí, sí, conforme.

FAROLES.- Es que hay muchas lagartonas que no pagan un céntimo a la Hacienda. Y yo no. Cada trimestre, tacatá. Porque soy muy patriota y muy honrada.

FERMÍN.- Bien, Narcisa. ¿A qué viene todo esto?

FAROLES.- A que yo he estado ejerciendo hasta hoy una profesión, para la cual necesitaba unos permisos y por la que me sometía a unas leyes y a unas inspecciones. Y, de improviso, porque a tu Ministro le da la venada a morirse de hambre.

FERMÍN.- Narcisa... Narcisa...

FAROLES.- Tu Ministro... Que todos nos conocemos Fermín. ¿Y quién resulta que es el excelentísimo señor don Victoriano Gomila, tu Ministro? Pues el que todos llamabais en la pensión el «Sopas», porque hablaba con la erre. ¿Y sabes lo que le hizo «el Sopas», a la Blasa; aquel capullo de rosa que estaba en la peluquería de enfrente adonde yo me fui cuando salí de la pensión? Pues un hijo que anda hoy de cartero en Manzanares. Y ya tiene gracia que al que se le haya ocurrido este número, que ya sé que tú no tienes la culpa; sea a ese pendón del Victoriano.

FERMÍN.- Si sigues hablando de esa manera, te vuelvo a mandar al calabozo.

FAROLES.- Fermín, tú eres un hombre como se debe ser y a ti te pregunto, con el corazón en la mano: ¿A quién hacemos daño? ¿Engañamos a alguien? ¿Nos anunciamos prometiendo lo que no podemos dar, como esos laboratorios que dicen que curan la calvicie? ¿Subirnos los precios encareciendo la vida? ¿Aseguramos dos horas de risa como en esas funciones en las que después resulta que se muere una de aburrimiento? No, señor. Nosotras jugamos limpio y, sobre todo, con las cartas destapadas, no como en el Círculo ese de la calle del Naranjal, donde dicen que los socios se las sacan de la

manga. Y, por tanto, tenemos derecho a que se nos trate como es debido.

FERMÍN.- Sepamos de una vez qué es lo que pedís.

FAROLES.- Una indemnización.

FERMÍN.- ¿Una indemnización? Narcisa: ¿por qué no abandonas esta vida?

FAROLES.- Pero, ¿es que tú crees que una vez que se ha entrado en esta vida se puede salir de ella? No, hijo, no. ¿Sabes lo que me dijo el chupatintas que me firmó la cartilla y, que, por cierto, me quiso meter mano? «Qué suerte tiene Vd.» «¿Por qué?», le pregunté yo. «Porque yo soy temporero y Vd. lo es ya para toda la vida». Y es cierto como que me he de morir.

FERMÍN.- Yo sé de alguna de que fue a casa de unos amigos míos a servir y acabó de novia del señorito.

FAROLES.- Pues ya fue suerte. Porque la mayoría de mis compañeras empezaron con el señorito y terminaron en mi casa.

FERMÍN.- Mira, Narcisa...

FAROLES.- No hay nada que mirar. La indemnización y se acabó. Me apoquináis doscientos mil reales y no se habla más del asunto.

FERMÍN.- ¿Doscientos mil reales? ¿Estás loca?

FAROLES.- ¿Sabes los perjuicios que nos causáis con el cierre? Tú no te haces una idea de lo que es Cervantes, 14 desde que se ha corrido la noticia. Un jubileo, palabra. Como cuando se anuncia que se va cortar el agua. No se da abasto. Y quisiera que oyeses los comentarios de los clientes. Los hay que se suben por las paredes y juran que votarán, apenas puedan, contra el Gobierno; los hay tan tristes como si se les hubiera muerto alguien... ¿Y cincuenta mil pavos te parecen muchos...? Claro, como tú no has querido pasarte nunca por ahí, para ilustrarte, no se te fuesen a caer los anillos... Te lo juro, Fermín, todas mis ganancias las he invertido en el negocio. Igual que dicen que hacen los de las fábricas. Y sólo la habitación de los espejos me costó quince mil del ala. ¡La mejor habitación de la provincia, para que te enteres!, y pensar que si esto no se remedia, la disfrutará un matrimonio aburrido... ¿No te fastidia?

FERMÍN.- Óyeme: me recuerdas una buena época de mi vida y estoy dispuesto a ayudarte en lo que pueda, pero olvídate de esas locuras, echa el cierre al establecimiento y la llave al mar y sanseacabó. Si no quieres complicaciones.

FAROLES.- Es que si no se me da lo que es de justicia, las complicaciones no me importan. Me voy a Madrid, le pego un tiro al Ministro y me quedo tan contenta.

FERMÍN.- Pobre Ministro...

FAROLES.- ¿Qué pobre ni qué demonios? ¿Pobre quién me quita mi manera de vivir? Ese lo que es... Lástima que no sepa dónde está la Blasa para que fuéramos a visitarle las dos juntas, con el cartero... A ver qué cara ponía «el Sopas».

FERMÍN.- Bien, señora. La audiencia que el señor Gobernador ha tenido la amabilidad de concederle, se ha acabado.

FAROLES.- ¿Qué es eso de que me llames señora? Mucho cuidado con

faltarme. Y, si empezamos con título, yo soy La Faroles. Y en paz.
FERMÍN.- He dicho que esta audiencia se terminó. ¡Arenas!
FAROLES.- Ah, ¿me echas?
FERMÍN.- Por el momento del despacho. Y, si se pone brava, de la ciudad.
HERMINIO.- Mándeme, señor Gobernador.
FERMÍN.- Que el ujier acompañe a La Faroles a la salida.
HERMINIO.- Sí, señor Gobernador.
FERMÍN.- Y, si se resistiese, otra vez al calabozo.
HERMINIO.- Inmediatamente. ¡Hala!
FAROLES.- ¿Tú me haces esto?
FERMÍN.- A la vista está que sí.
FAROLES.- (Le obsequia con un gigante y solemne corte de mangas.)
Pues, toma, para «el Sopas».
HERMINIO.- ¡Fuera! (La coge del brazo y la saca violentamente del despacho. LA FAROLES hace mutis por la puerta de la Secretaría. Segundos después, HERMINIO regresa, arreglándose las ropas que han sufrido en la refriega.) Le pido que me excuse, señor Gobernador, por haberle aconsejado que la recibiese.
FERMÍN.- No se preocupe. Son gajes de la política. Y la política no tiene entrañas.

(HERMINIO se va. Queda sólo en escena, el Gobernador. Va a la mesa del despacho, se acomoda en su asiento, tamborilea con un cortapapeles sobre el vade. Se hace confidente de sí mismo.)

FERMÍN.- Algo gorda sí está, pero aún sigue teniendo firma la niña.

TELÓN

Cuadro III

La misma escena de los cuadros anteriores. HERMINIO trabaja en su despacho. El Gobernador en el suyo. Luz de día. UGARTE, el Ujier, entra por la puerta del foro. Trae unos periódicos que le entrega a HERMINIO.

UGARTE.- Viene bueno «El Progreso»...

HERMINIO.- ¿Qué quiere decir que viene bueno?

UGARTE.- Menudo palo...

HERMINIO.- ¿A quién?

(El Ujier, sin palabras señala con el pulgar el despacho de su Excelencia.)

HERMINIO. Óigame, Ugarte. Esos comentarios se los guarda Vd. donde le quepan. ¿Me entiende?

UGARTE.- Disculpe, don Herminio. Yo no suponía que iban a molestarle.

HERMINIO.- A ver: «El Progreso».

(UGARTE se lo entrega.)

Venga, retírese.

UGARTE.- A sus órdenes.

(HERMINIO ARENAS coge «El Progreso», se repantinga para leerlo, da muestras de lo que le divierte su lectura y, cuando ya ha concluido, entra en el despacho de DON FERMÍN.)

FERMÍN.- ¿Qué es lo que trae Vd. ahí? ¿La Prensa de hoy?

HERMINIO.- Sí, señor.

FERMÍN.- No m'embulique con la prensa, ¿eh?, ¿me entiende Vd.? La prensa que diga misa. Yo sé muy bien cómo se hace, esencialmente, porque la he estado haciendo durante treinta años. «A ver, Fermín, hijo. Prepárame un editorial metiéndote con los liberales». Y venga, a plumear poniéndoles a parir. «Fermín, hijo. A ver un editorial que les caiga simpático a los liberales». Y hale, cuartillas al canto y los liberales por las nubes. (Transición. Resignado, dispuesto a todo.) ¿Qué pasa con «El Progreso»?

HERMINIO.- Aquí lo tiene.

FERMÍN.- Pero, ¿qué dice?

HERMINIO.- A estas alturas no irá a concederle mucha importancia a «El Progreso».

FERMÍN.- Imagínese... «El Progreso», a mí... (Sólo que ha empezado a leerlo, con lo que se le descompone el gesto y los humores se le revuelven de tal manera que acaba por arrugar violentamente el periódico y tirarlo al suelo.) Óigame: don Evaristo Redondo es un cerdo.

HERMINIO.- Le llevo padeciendo toda la vida, señor Gobernador.

FERMÍN.- Pero, ojo, que el cerdo es un animal muy importante y al que todos debemos muchas satisfacciones. Evaristo Redondo es un verdadero cerdo sin ofender a los cerdos, sólo que con la particularidad de que no da gusto a nadie.

HERMINIO.- Yo, apenas si he podido leer...

FERMÍN.- Pues, lea, lea...

HERMINIO.- Y, ¿para qué, señor Gobernador? Me imagino lo que será... Detritus, detritus...

FERMÍN.- Vea que perla: «Estamos en vísperas de decisiones que, aunque afecten tan sólo al limitado mundo de la picaresca, van a producir alguna perturbación en nuestra vida ciudadana. Nos preguntamos si cierta tolerancia de parte de la primera autoridad civil, no ayudaría a reducirlas al mínimo. Pero dudamos mucho que esto pueda suceder dado el criterio reglamentista y pusilánime de ciertos Poncios muy próximos a nosotros». Eso soy yo, para el tal Evaristo Redondo. Reglamentista, esto es, de los que no ven más allá de sus narices, y pusilánime, esto es, de los del papel de fumar. Ya se supondrá Vd. quién ha pagado el artículo.

(Gesto ambiguo, de parte de HERMINIO.)

¿No? ¡Caramba! Qué poca imaginación. Pues La Faroles, señor mío, La Faroles que viste y calza. Me juego la cabeza. Parte en metálico y parte en especie. Tengo la seguridad de que toda la redacción de «El Progreso» está hoy en la calle de Cervantes pasando la factura.

(Precediendo al Ujier, entra por la secretaría su Ilustrísima el Obispo, DON FLORENCIO LAGARTA. Ser corpulento, fondón y altisonante, le ayudará mucho a desempeñar su papel cumplidamente.)

UJIER.- Siéntese un momento.

FLORENCIO.- Muchas gracias. (Pero no lo hace. Se pasea por el despacho y llena la estancia con los flecos del manteo.)

HERMINIO.- (HERMINIO se asoma y ve al Obispo sin que él lo vea. A DON FERMÍN.) Está don Florencio Lagarta.

FERMÍN.- ¿El Obispo, no? Por fin alguien dispuesto a ayudar al Gobierno. Que pase.

(ARENAS entra en la secretaría.)

HERMINIO.- (Le besa el anillo.) ¡Ilustrísima! Tanto bueno por esta casa. ¿Desea saludar al señor Gobernador?

FLORENCIO.- Si no le sirve de molestia...

HERMINIO.- Muy al contrario, me lo estaba diciendo ahora mismo. ¡Qué placer hablar con don Florencio! Por cierto, encuentro a su Ilustrísima estupenda.

FLORENCIO.- Este clima me va de maravilla.

HERMINIO.- ¡Qué bien, qué bien! Pase, señor Obispo.

(El Obispo entra en el despacho de DON FERMÍN. HERMINIO se retira al suyo.)

FERMÍN.- Ilustrísima... (Se dispone a besarle la mano a lo que DON FLORENCIO se niega.)

FLORENCIO.- Nada de Ilustrísima, señor Gobernador, don Florencio

basta. Aquí vengo a confesarme.

FERMÍN.- ¿He entendido bien?

FLORENCIO.- Sí, sí, a confesarme he dicho.

FERMÍN.- Me parece que los papeles andan cambiados. Yo sería el que debiera confesarme. Oiga Vd., y alguna vez lo hago, ¿sabe con quién?, con un curita muy majo, que se llama don Miguelín...

FLORENCIO.- Ah, el de la Parroquia de San Vicente...

FERMÍN.- Don Miguelín es para comérselo. «Hijo, que con todo el mando que tienes, hagas tan poco, ya es mérito», me dijo. ¿Qué le parece a Vd. la criatura? Si todos fuesen así, el Frailazo se quedaría sin lectores. Yo le tengo mucho respeto, don Florencio.

Pero, confesarme con su Ilustrísima, me daría una vergüenza enorme.

FLORENCIO.- No es normal que los Gobernadores se confiesen con los Obispos.

FERMÍN.- Demasiado azarante, ¿no?

FLORENCIO.- Yo sólo he conocido una excepción. No te diré el nombre. Ese sí venía de vez en cuando, a descargar conmigo su conciencia. Andaba con La Pajaritos, que era una cómica muy famosa de aquel tiempo. Todo el mundo lo sabía y él era lo primero de que se acusaba. «Pero hombre -le decía yo- que eso es público...», «Bueno, don Florencio -me contestaba-. Es que yo se lo cuento ahora oficialmente». ¡Pobre! era muy simpático. Cayó con Sagasta.

(Transición.) Nada, nada de eso de que los papeles andan cambiados. A confesarme vengo, le he dicho.

FERMÍN.- (Sigue el juego.) Por mí... estoy dispuesto a escuchar sus pecados.

FLORENCIO.- Bueno, más que mis pecados, mis inquietudes. Parece que lo de las casas de tolerancia, va adelante.

FERMÍN.- Así es. El uno de marzo se clausuran. ¡Qué maravilla!, ¿verdad?

FLORENCIO.- Es muy delicado de parte del señor Ministro, elegir la fiesta del Ángel de la Guarda para iniciar esa nueva etapa.

FERMÍN.- Instinto de gobernante se llama esa figura.

FLORENCIO.- Pues mire Vd. señor Gobernador, me asusta a mí eso de que se clausuren las tales casas.

FERMÍN.- (Asombrado.) ¿Qué le preocupa? No desde un punto de vista moral supongo yo.

FLORENCIO.- Pues si no, ¿por qué iba a meterme en este asunto? No me mire Vd. con esos ojos de asombro, don Fermín, y escúcheme. Ya hemos cerrado esos tugurios. ¿Qué pasa con esas prójimas? ¿Se las expulsa de la ciudad?

FERMÍN.- Hombre, eso no.

FLORENCIO.- ¿Se les permite, entonces, que sigan aquí?

FERMÍN.- Privadas de su natural manera de vivir, es presumible que se vayan con la música a otra parte.

FLORENCIO.- Ojo, se las priva de lo que Vd. llama su manera de vivir colegiadamente, si colegiadamente, si me permite el distinguido. Pero no individualmente.

FERMÍN.- Según Vd. es de temer que sigan trabajando por su cuenta.

FLORENCIO.- Justo. ¿Y se imagina lo que van a ser las calles, las

tabernas, los paseos con esas cincuenta pájaras sueltas?

FERMÍN.- Luego, por lo que aboga, es por expulsión.

FLORENCIO.- Así lo haría si la medida tuviese un alcance limitado, o sea, si afectase sólo a la provincia, pero no se consigue nada con echar de ella a las de aquí si se cuelan de rondón las de las otras.

Al contrario, renovando el personal, se aumentan los alicientes y, en consecuencia, el peligro.

FERMÍN.- ¿Y qué se le ocurre para evitarlo? ¿Meterlas en la cárcel?

FLORENCIO.- ¡Hombre...!

FERMÍN.- Yo podría hacerlo si se saltasen la orden a la torera y, pretendiesen ejercer su profesión en comunidad pero, si se reducen a trabajar cada una por su lado, ya me explicará cómo me las arreglo para impedirselo. ¿Poniendo un guardia a cada una de ellas? Sería una injusticia que no los destinase a prestar el mismo servicio a otras que yo me sé.

FLORENCIO.- Claro, claro... Por eso la cosa no es tan sencilla como parece. Aquí, ya tiene antecedentes...

FERMÍN.- La Asociación para la Mejora de las Costumbres Ciudadanas lo intentó hace algún tiempo.

FLORENCIO.- Y fracasó.

FERMÍN.- Le faltaba el apoyo del Gobierno. Quizá fue por eso. De todas maneras yo soy muy escéptico sobre la eficacia de esas asociaciones. La de aquí se había constituido para perseguir lo que su presidente llamaba los cuatro jinetes del Apocalipsis: el alcoholismo, el juego, la blasfemia y la prostitución. En cuanto al alcoholismo ni siquiera consiguió que los borrachos dejaran de dar vivas a la República; en cuanto al juego, su campaña pro julepe familiar, hizo morir de risa a los Directivos de los Casinos; la blasfemia, que antes costaba a razón de dos pesetas la unidad y que yo he subido a cinco, por cierto sin que nadie me haya dado las gracias, marchó algo mejor, pero lo que dijo el Secretario de la Asociación la tarde en que le desmontó el caballo en la Alameda, valía lo menos diez duros... Imagínese si no fue deprimente... En cuanto a la prostitución, ¿para qué voy a contarle...? El Tesorero dimitió porque se le vio entrar con barba postiza en no sé qué tugurio.

FLORENCIO.- Bueno. Y, a la vista de esas experiencias tan tristes, ¿qué es lo que me dice? ¿Vd. cree que la ciudad está preparada para una decisión así? Yo pienso, y que Dios me perdone, que esos establecimientos funcionan un poco como los aliviaderos de los pantanos.

FERMÍN.- ¡Caramba, don Florencio...!

FLORENCIO.- Sí, sí, don Fermín. Si no existiesen los aliviaderos, cuando los pantanos se llenan, ¿qué sucedería? Que el agua saltaría la presa o la reventaría e inundaría los márgenes. Mi pregunta es esta: ¿tiene la provincia la infraestructura adecuada para encajar esa medida sin que sufra trastornos graves?

FERMÍN.- ¿Cómo ha dicho Vd.? ¿Infraestructura...?

FLORENCIO.- ¿Le sorprende la palabreja? Yo la uso de vez en cuando y confío en que, con el tiempo, se abra camino porque es bastante

precisa. Tanto vale como base, cimienta...

FERMÍN.- Ya, ya... ¿Y qué trastornos son los que pueden venirle a la provincia por falta de... de infraestructuras?

FLORENCIO.- Mire Vd., señor Gobernador, esta provincia nuestra es muy sana. Aquí casi todas van mocitas al matrimonio. Siempre hay cuatro o cinco que se descarrían pero las demás llegan al altar vestidas de blanco y no por cumplir como en otras partes. De eso estoy yo más enterado que nadie. Y lo que a mi me da miedo es que, a partir del uno de marzo, las mocitas empiecen a disminuir hasta que nos quedemos en cuadro.

FERMÍN.- No sea agorero, señor Obispo.

FLORENCIO.- Póngase Vd. en su caso, don Fermín.

FERMÍN.- ¿En el caso de quién? ¿De las mocitas?

FLORENCIO.- No. De los mozos. Los mozos de esta tierra son de lo más impetuoso que uno puede imaginarse. Aquí no hay exámenes de fin de curso, cumpleaños, ni fiestas de la Patrona que no acaben en los dominios de una prójima a la que llaman La Faroles. Según me cuenta su amigo don Miguelín, son las costumbres locales. Y si ese escape les falta, ¿a dónde apuntarán esos desdichados?

FERMÍN.- ¿Qué teme Vd.? ¿Otro rapto de las Sabinas?

FLORENCIO.- Ahora vuelvo a lo de la infraestructura. Madrid, Barcelona son ciudades con muchos recursos. Allí, si se suprimen las profesionales, pueden arreglárselas con las aficionadas. En cambio aquí, aficionadas hay pocas, vaya, aficionadas ejercientes quiero decir, que, en potencia, Dios sabe las que habrá. O sea, que el salto en el vacío que daremos a primeros de mes será morrocotudo. Yo siempre me acuerdo de Cervantes...

FERMÍN.- ¡Déjeme Vd. esa calle en paz!

FLORENCIO.- No, no, si me refiero a Don Miguel... «Guardadoras de la virtud ajena» las llama.

FERMÍN.- Señor Obispo, puede que todo sea tal y como Vd. dice.

Ahora bien, ¿a dónde quiere Vd. qué vayamos?

FLORENCIO.- (Extrañadísimo, interpretando la pregunta del Gobernador en sentido real y no figurado.) ¿Cómo ir?

FERMÍN.- (Incómodo.) Digo que a qué conclusiones quiere que lleguemos tal y como está planteando el problema.

FLORENCIO.- (Más tranquilo.) Ya.

FERMÍN.- La orden hay que cumplirla.

FLORENCIO.- Claro, claro... (Rumia sus argumentos anteriores.) Y el primero de marzo... a dos pasos de la primavera que se nos echa encima... tal vez fuese la orden un poco menos perturbadora en otra estación del año... que no hablase tanto a los sentidos...

FERMÍN.- (Ambiguamente.) Eh...

FLORENCIO.- Señor Gobernador, a partir de las ocho de la noche se va a poner peligroso para las señoras el andar por las calles.

FERMÍN.- Por Dios, don Florencio...

FLORENCIO.- Es que hay muchas tentaciones: muchos tobillos al aire, muchas pulgas en las Varietés, muchos escotes en los salones, mucha pornografía en los quioscos... Y no habiendo nada en la despensa es contraproducente servir aperitivos.

FERMÍN.- Tranquilo, señor Obispo.

FLORENCIO.- Ojalá el futuro no reserve días de luto a nuestra ciudad. (Suspira.) En fin...

(En este momento entra por la secretaría DOÑA LOLITA DIÉGUEZ. Es una cuarentona, menudita; tímida y enlutada. HERMINIO la saluda afectuosamente, con palabras tan triviales que no merecen ser oídas por los espectadores y la invita a sentarse mientras señala el despacho del Gobernador. Este se ha levantado, a la vez que el Obispo, dando por terminada la entrevista.)

Buenas tardes, señor Gobernador.

FERMÍN.- Buenas tardes tenga su Ilustrísima.

y (HERMINIO acompaña a DON FLORENCIO de modo sumario hasta la puerta entra en seguida al despacho de DON FERMÍN.)

HERMINIO.- Le habrá dado ánimos el señor Obispo...

FERMÍN.- (Sarcástico.) Mucho, no se lo puede Vd. imaginar.

HERMINIO.- ¿Lo dice en broma?

FERMÍN.- A punto de organizar rogativas, como cuando hay sequía, para que suspenda el cierre.

HERMINIO.- Quién iba a pensarlo.

FERMÍN.- Amigo Arenas, ahora que estamos en confianza, ¿ha visto Vd. algo más imprevisible que un Obispo?

(ARENAS, con un gesto, da a entender que no.)

HERMINIO.- (Triunfalista.) Menos mal que le espera la compensación. Está la Registradora, la señora de Diéguez.

FERMÍN.- ¿Le ha dicho algo a Vd.?

HERMINIO.- No, pero siendo su marido lo pondón que es...

FERMÍN.- (Sonríe maliciosamente.) Que entre... que entre...

(HERMINIO obedece. LOLITA DIÉGUEZ, apenas se ha retirado HERMINIO, se echa a los pies de FERMÍN y llora desconsoladamente.)

FERMÍN.- Pero, doña Lolita, ¿qué le pasa a Vd.?

LOLITA.- Ayúdeme, don Fermín, se lo suplico.

FERMÍN.- ¿En qué?, dígamelo. Estoy dispuesto a todo. Y, antes de nada, levántese, por favor. (Y él mismo la incorpora y la ayuda a sentarse en la butaca.) Un poquito de agua, ¿quiere? (Hace ademán de ir a buscarla por la lateral izquierda.)

LOLITA.- No, no se moleste... ya estoy bien. ¿Es verdad que van a cerrar las casas esas?

FERMÍN.- Sí, así es.

LOLITA.- Por Dios, don Fermín, no las cierre. O por lo menos, no las cierre todas.

FERMÍN.- (En pleno ataque de histerismo.) Ah, no. Ah, no. Esto es demasiado... Pero... ¿en qué país vivimos? El Ejército en contra; el Derecho, en contra; la iglesia, en contra... y ahora, las señoras, en contra también...

LOLITA.- (Aterrorizada.) ¿Le pasa algo?

FERMÍN.- (Casi la embiste.) Vamos a ver, doña Lolita. ¿Quiere explicarme el por qué me pide que no cierre las casas esas?

LOLITA.- Es por mi marido.

FERMÍN.- ¿Y que demonios tiene que ver el Registrador de la Propiedad, con el cierre?

LOLITA.- Mire, don Fermín. Mi Alejandro está siempre de servicio en alguna de ellas. ¿No lo sabía Vd.?

FERMÍN.- (Miente.) Es la primera noticia que tengo.

LOLITA.- Pues, sí.

FERMÍN.- Hay personas, doña Lolita, que cultivan el deporte de infernar matrimonios, por sadismo, sin ninguna otra finalidad. Y alguien, a Vd., le habrá ido con el cuento.

LOLITA.- Que no, que no, don Fermín.

FERMÍN.- (Lírico.) Tal vez alguna tarde, aislada, al ponerse el sol, por curiosidad; es posible que don Alejandro, aburrido, se haya dicho a sí mismo: «Hombre, vamos a ver cómo funciona eso». Ya sabe Vd. lo que son los Registradores... Y se acabó.

LOLITA.- Que no, don Fermín. Todas las noches cena en la que le coge al paso.

FERMÍN.- (Se encrespa otra vez.) Bueno. Y si eso es verdad, ¿cómo es que no me da las gracias?

LOLITA.- Porque lo que se me echa encima es espantoso. Mi marido es una fuerza de la naturaleza. Mide uno ochenta y cinco, pesa cien kilos y disfruta de una salud de toro. Ya me ha enviado dos veces al Sanatorio de la Milagrosa porque me dejaba en los huesos y no tengo ninguna gana de volver, se lo aseguro.

FERMÍN.- Ay, ay, doña Lolita... lo de Vd. es una suerte... No sabe Vd. lo que darían algunas de nuestras amigas porque sus maridos... se excediesen en el cumplimiento de su deber, como el suyo.

LOLITA.- No, si yo lo admito... También le confieso que no soy demasiado aficionada a la cosa. Pero, en fin, ése es asunto nuestro, ¿no?

FERMÍN.- Desde luego.

LOLITA.- Y para evitar que se repitiese lo de Aljofrina, habíamos llegado a un acuerdo. Él, que es muy culto, lo llama statu quo. Es lo mismo, ¿no?

FERMÍN.- Sí, sí, más o menos... ¿Y qué fue lo que pasó en Aljofrina, si se puede saber?

LOLITA.- Pues que en Aljofrina no había casas de esas y no se imagina Vd. cómo puso el pueblo.

FERMÍN.- ¿Qué?

LOLITA.- Lo llenó de niños. Cómo sería que la comadrona nos mandaba siempre unos jamones por Navidades.

FERMÍN.- Y Vds., ¿no tienen hijos?

LOLITA.- Sí, una y canija. Caprichos de la naturaleza. Total, que cuando le ofrecieron venir aquí, yo, lo primero que hice fue enterarme de si había casas de esas y, cuando lo supe, ni lo dudé un instante. Y aquí llevamos felices tres años ya. Y de pronto...

(Está a punto de echarse a llorar.)

FERMÍN.- ¿Qué es lo que teme, doña Lolita?

LOLITA.- Lo de Aljofrina pero a escala de capital de provincia. Se liará a diestro y siniestro, con unas y con otras y yo me sentiré humillada.

FERMÍN.- ¿Humillada...?

LOLITA.- Sí. Porque a mí lo que me hiere muchísimo es que, aquellas con las que se acuesta, tengan nombre. El que se sepa que es Juana, la del estanco o Pepita la peluquera, o Cecilia la viudita, ¿comprende Vd.? Y venga, venga a dar todas a luz, que por Aljofrina no se veían más que embarazadas del Registrador y venga a saludarme a mí con risitas. Eso es penosísimo, don Fermín, se lo aseguro. Aquí era distinto... Las de la calle Cervantes, bueno... las de la calle Muriel, bah... (Transición.) Y entonces, ¿qué? ¿No hay solución?

FERMÍN.- Para lo que Vd. desea, no, querida doña Lolita.

LOLITA.- El uno de marzo, me han dicho.

FERMÍN.- Así es.

LOLITA.- Me veo otra vez en la Milagrosa.

FERMÍN.- Bueno, mujer, no se acobarde. Quién sabe... a don Alejandro ya trataremos entre todos de distraerle.

LOLITA.- No, si a mi Alejandro, lo único que le distrae es eso...

FERMÍN.- Siendo así, nos lo pone Vd. un poco difícil. ¿Qué edad tiene, por cierto, su marido?

LOLITA.- Sesenta y nueve cumplirá para San José.

FERMÍN.- (Entre dientes. A medias reprochador, a medias envidiosillo.) ¡Demonio, con don Alejandro...! Los años le curarán.

LOLITA.- ¿Sabe cuántos tenía su padre cuando nació él? Ochenta y uno. Me espera un porvenir...

FERMÍN.- Si viene de familia, sí, claro... Pero bueno, ya verá como todo se resuelve.

LOLITA.- Me temo que no. Eso sí, discúlpeme que le haya molestado.

FERMÍN.- ¿Para qué sirven los amigos? Y, a ver si un día que estén libres, cenan con nosotros.

LOLITA.- A partir del primero de marzo; cualquiera. Adiós, don Fermín. Dele un abrazo a doña Julia. Es un encanto de mujer. Y dígame cuánto la envidio.

FERMÍN.- Ya se lo diré. (Con efecto retardado, airadamente.)

Óigame, ¿y por qué tiene que envidiar a mi mujer?

LOLITA.- (Vacila azorada.) Pues... por... por...

FERMÍN.- Bien, bien... (De mal talante.) Vaya Vd. con Dios, doña Lolita.

LOLITA.- Adiós, don Fermín.

(Y la acompaña hasta la puerta divisoria donde HERMINIO, que se hace cargo de ella y la entrega en los brazos, es un decir, del Ujier, señor UGARTE.)

(Apenas LOLITA hizo mutis, DON FERMÍN se deja llevar por la cólera, levanta las manos al cielo y mide a grandes pasos su despacho, abajo y arriba, arriba y abajo.)

FERMÍN.- (Grita.) Ah, no, no... Esto es demasiado.

HERMINIO.- ¿Qué pasa, don Fermín?

FERMÍN.- Quisiera encontrar a alguien a favor del cierre de las casas de prostitución.

HERMINIO.- ¿Es que doña Lolita...?

FERMÍN.- ¡No me hable, Herminio!

HERMINIO.- Vivir para ver.

FERMÍN.- Y en la calle, ¿qué es lo que se comenta en la calle?

HERMINIO.- Bueno, en la calle, mejor es que no toquemos ese tema.

FERMÍN.- Explíquese.

HERMINIO.- Mire Vd. don Fermín. Yo voy creyendo que las tales casas están muy arraigadas en nuestras costumbres. Si no, es que no se entiende...

FERMÍN.- Concréteme: ¿qué es lo que se dice?

HERMINIO.- Ya sabe Vd. cómo es la gente, que le vuelve loca censurar a los demás. Y hay mucha mala baba. Según unos, que poco tendrá que hacer el Gobierno, ya que se fija en esas pequeñeces y que por qué no se preocupa del precio de las subsistencias; según otros, que pobres chicas que, al fin y al cabo no hacen daño a nadie, y son muy queridas en la población; y hay algunas muy guapas que hubieran podido marcharse a Madrid y no lo han hecho por apego a la ciudad... Qué se yo... disparates, tonterías... y aún, mientras la cosa queda en simples comentarios, pues apenas si trasciende. Lo peor es lo de los estudiantes.

FERMÍN.- ¿Qué sucede con esos zánganos?

HERMINIO.- (Parece dudar si hablar claro o no.) Bueno, no es agradable informarle pero yo le debo lealtad a Vd. Los de medicina han sacado el esqueleto de la clase de anatomía, al patio de la facultad, con un cartel en salva sea la parte.

FERMÍN.- ¿A qué parte se refiere Vd.?

HERMINIO.- (Señala con timidez la trasera.) A ésta...

FERMÍN.- Bien. ¿Y qué dice el cartelito?

HERMINIO.- ¿Para qué quiere Vd. saberlo...?

FERMÍN.- (Imperativo.) ¿Qué dice el cartelito?

HERMINIO.- No sea Vd. masoquista, señor Gobernador.

FERMÍN.- ¡¡Le repito que...!!

HERMINIO.- Pues el cartelito dice lo mismo que las vallas.

FERMÍN.- ¿Y qué dicen las vallas?

HERMINIO.- Pero, ¿no las ha visto Vd.?

FERMÍN.- Pues, no.

HERMINIO.- Bueno, la verdad es que yo he dado orden al cochero de que evite las calles en donde no han podido ser borradas todavía, porque yo no sé que demonio de pintura ponen al servicio de la maledicencia esos miserables, pero lo que dicen es que...

FERMÍN.- ¡¡Acabe de una vez, señor Arenas!!

HERMINIO.- Me es muy penoso, señor Gobernador... Nada... dan a entender que si toma esa medida es porque Vd. es un... miramelinto... un «peina mis orejas»... un...«cógeme que soy la primavera»...

FERMÍN.- No lo entiendo...

HERMINIO.- Un... «azótame con lilas blancas»

FERMÍN.- ¿Quiere hablar claro de una vez?

HERMINIO.- De acuerdo. Con todos los respetos. Dicen. que Vd. es maricón, señor Gobernador.

FERMÍN.- ¿Maricón?

HERMINIO.- (De carretilla.) Pues sí, Fermín maricón, maricón Fermín, Fermín maricón.

FERMÍN.- ¡Cállese! ¿Maricón yo? ¿Yo que hice el amor por vez primera a los catorce años?

HERMINIO.- ¿A los catorce años?

FERMÍN.- Sí, señor Arenas, sí, con mi tía Marcela...

HERMINIO.- ¿Con su tía, don Fermín?

FERMÍN.- (Violento.) Con la mujer de mi tío Pascualito que era una golfa y me doblaba la edad pero que estaba como un tren. ¿Maricón yo, que era el vampiro de la plaza Mayor, en mis tiempos del servicio militar, con mi uniforme de Húsar de Pavía y mi bigote rizado, que no había chacha que se me resistiese...? ¿Maricón yo que... ya no soy un niño, pero que...?

HERMINIO.- ¡Don Fermín!

FERMÍN.- Un momento. (Saca una llave y abre uno de los cajones de la mesa de su despacho y retira de él un sobre que le tiende a

HERMINIO.) ¡Ábralo!

HERMINIO.- ¿Yo?

FERMÍN.- Sí, Vd.: venga, no me ponga nervioso.

(HERMINIO lo abre y de él saca una fotografía.)

¿Qué le parece la moza?

HERMINIO.- Competentísima.

FERMÍN.- Lea la dedicatoria.

HERMINIO.- (Deletrea.) A mi garañón valiente. Tu Hilaria.

FERMÍN.- ¡Y la fecha!

(HERMINIO pone un gesto de sorpresa.)

Sí, sí, no se asombre, de hace tres meses.

(HERMINIO mira, instintivamente, hacia los dominios de JULIA. FERMÍN entreabre la puerta de la derecha y se cerciora de que no le oye ni le ve nadie.)

Espero que sepa apreciar mis confianzas...

HERMINIO.- Por Dios, don Fermín...

FERMÍN.- (Recoge el sobre y vuelve a guardarlo en el cajón que cierra cuidadosamente. Mientras lo hace, rezonga de nuevo.)

¡Maricón yo...! No será La Faroles a la que se le haya ocurrido la bromita, supongo.

HERMINIO.- No, claro que no. Los estudiantes, don Fermín...

FERMÍN.- Sí... sí... Los deliciosos estudiantes... Mucha pandereta, mucha guitarra, muchos cintarajos, muchas cucharitas y la casa sin barrer. Y yo venga a decir a los guardias que les sacudan con la vaina nada más, para que no haya heridos. La próxima vez daré orden de que les ensarten con la punta del sable donde han puesto el cartelito al esqueleto. Se acordarán de mí.

(Suena el teléfono. HERMINIO acude a él.)

HERMINIO.- ¿Diga?... Ah, sí... (A FERMÍN.) Es el autor del himno.

FERMÍN.- (Que ha reanudado sus coléricos paseos por el despacho.)
¿Qué le pasa a ese mandria...?

HERMINIO.- Sí, sí..., espere que tome nota. (Escribe en un papel.)

No corra tanto... es «Fue la primera de la nación...» (Pausa.)

Perfecto. ¿Que qué me parece? A mí muy bien... Pero ya lo consultaré. Llame, sí, dentro de dos o tres días. Buenas tardes.

FERMÍN.- ¿Qué?

HERMINIO.- Pregunta si no le gustaría que añadiésemos al himno un par de versitos: «Fue la primera de la nación... en abolir la prostitución».

FERMÍN.- (Sarcástico.) Precioso, de lo más poético...

(Reacciona coléricamente.) ¿Pretende tomarme el pelo, ese tipo?

HERMINIO.- No lo creo...

FERMÍN.- Pues dígale, por si acaso...

HERMINIO.- Colgó ya.

FERMÍN.- Brrr...

HERMINIO.- No se enfade, don Fermín. Que Vd. está muy viajado y no vale la pena de que se sulfure por tan poca cosa.

FERMÍN.- Al que coja por banda me lo cargo, se lo aseguro a Vd.

(JULIA entra por la izquierda. FERMÍN la mira enfurecido.)

¡Hombre! La ocasión la pintan calva. ¿Qué te trae por aquí?

(Esta vez se trata de DOÑA JULIA, la pobre y sufrida DOÑA JULIA, legítima consorte de la primera autoridad de la provincia, que viene muy emperifollada, con un sombrero y su bolso, dispuesta a salir.)

No tendrás el descaro de ir de compras.

JULIA.- Pues ya me dirás si no, qué me voy a poner el día del baile

del Casino.

FERMÍN.- Primero: hasta el domingo de piñata quedan muchos días. Segundo: ¿qué te imaginas tú que es el sueldo de un Gobernador Civil? Herminio, dígaselo, por favor.

HERMINIO.- 1.050 pesetas con cincuenta céntimos, al mes.

JULIA.- Anda, rico... ¿no creerás que me trago esa?... ¿Y los gastos de representación?

FERMÍN.- Háblele, Herminio, de los gastos de representación.

HERMINIO.- Doscientas veinticinco con diez.

JULIA.- Y de reptiles... me han dicho que tienes dinerito fresco para reptiles o algo parecido...

FERMÍN.- Sí, es verdad. Pero eso es, solamente para los cocodrilos y las serpientes y otros animalitos que no nombro porque, aunque no soy supersticioso (Lo que no le impide tocar madera.) traen mala suerte... Y ya comprenderás que no me lo voy a gastar en comprarte ropita, quitándoselo a los lagartos. (Se va encendiendo poco apoco.) Julia: estoy de muy mal talante y te aconsejo que no me exasperes.

JULIA.- Pues necesito dinero.

FERMÍN.- ¿Cuánto quieres?

JULIA.- Hoy he de comprar la lubina, el vino y los postres, que esta noche tenemos al Presidente de la Audiencia que come como un sabañón.

FERMÍN.- Toma un duro. (Se lo saca, ostentosamente, del bolsillo del chaleco.)

JULIA.- Ya te daré lo que sobre, que yo no me quedo con nada. Y, abur, hijo. Adiós, Arenas.

HERMINIO.- Adiós, señora.

(JULIA hace mutis por la izquierda.)

FERMÍN.- Entre mi mujer y el cierre van a matarme. Acabaré creyendo que es una medida impopular. Unos la miran con escepticismo, otros con hostilidad... Vd. mismo, de hombre a hombre: ¿qué le parece a Vd.?

HERMINIO.- Pues, don Fermín, si se pone Vd. así le diré que, estando la situación como está, son ganas de meterse en líos.

FERMÍN.- Ni siquiera Vd. me apoya... ¡Es el colmo!

(Suena el teléfono.)

Coja ese siniestro aparato.

HERMINIO.- Diga: Aquí el Gobierno Civil... ¿El señor Gobernador? ¿De parte de quién? Ah, don Miguelín... un segundo... (Le brinda el auricular.)

FERMÍN.- Este me va a repetir las gracias de don Florencio. ¿Cómo está, señor cura? Hace mucho que no nos vemos... Cuando las fiestas de la Patrona yo andaba por Madrid. Lo sentí, sé que fueron solemnísimas... Le oigo encantado... Tengo para Vd. todos los

minutos que quiera.

(ARENAS se ha retirado discretamente a su despacho pero la puerta no la cerró por completo y se ve que, aunque con alguna dificultad, sigue la conversación bastante bien.)

No, no... (Atónito, sin dar crédito a lo que le dicen.) ¿Que me felicita...? ¿Y que felicita al Gobierno...? Pero, señor cura no se puede imaginar lo que me alegra. Claro, claro... Naturalmente que tiene riñones el señor Ministro... No, hombre, yo muchos menos. Los indispensables, nada más, los de Reglamento. Voy a presumir mucho si habla Vd. de mí en la misa de doce. Cien días de indulgencia... ¿Y qué hago yo con eso? (Asustado.) No, no se los pida al señor Obispo que no me los da. Sin bromas... ya hablaremos... Conforme: guerra a las piculinas. Otro abrazo de mi parte. Muy cariñoso, don Miguel. (Cuelga.) ¡Por fin! ¡Alguien que está conforme con el cierre de las casas de putas! ¡Viva don Miguelín! ¡Viva el Párroco de la Candelaria!

HERMINIO.- (Volviendo de su despacho.) Vaya, pues si eso le complace, también me alegro yo, qué demonio.

FERMÍN.- Manos a la obra, Herminio. Tome nota.

(HERMINIO, se provee del papel y pluma y escribe sobre la mesa misma del Gobernador.)

El servicio lo llevará a efecto el jefe de los municipales, con tres ciclistas. Y que se queden de retén los otros tres.

HERMINIO.- ...seis en total.

FERMÍN.- Hay; que recomendarles que tengan mucho tacto.

HERMINIO.- Materia prima no les faltará. (Se ríe maliciosamente.)

FERMÍN.- No sea Vd. desvergonzado. En realidad lo primero que habrá que hacer es redactar el oficio. Apunte... Vamos a ver... «En cumplimiento de las instrucciones recibidas de su Excelencia el Ministro de la Gobernación, a las 24 horas, del próximo día 29, deberán considerarse caducadas las licencias concedidas a Narcisa Rodríguez. .. vamos a poner doña, lo cortés no quita lo valiente..

(HERMINIO escribe, sirviéndose de una pluma bastante historiada que moja en el tintero.)

...Rodríguez Hernández, para la explotación de... ¿de qué decimos, Herminio?... de sus actividades profesionales»... Yo creo que eso queda claro, ¿no le parece?

HERMINIO.- Sí, sí... «previa entrega del material correspondiente...

FERMÍN.- ¿A qué material se refiere Vd.? Ahí no habrá más que camas cameras...

HERMINIO.- Bueno, eso es verdad.

FERMÍN.- ...procediendo al desalojo de la vivienda y a su precinto,

bajo apercibimiento, si así no lo hiciesen de las responsabilidades a que hubiera lugar».

HERMINIO.- Muy bien. ¿Dios guarde a Vd. muchos años?

FERMÍN.- (Titubea un instante.) ¿Por qué no...? A tanto de tantos... y se acabó.

HERMINIO.- Perfecto.

FERMÍN.- Lo de las doce no hay que llevarlo a rajatabla. Puede concederse una prórroga de un cuarto de hora o de veinte minutos... Digamos treinta para permitir rematar la suerte a las que se pongan nerviosas.

HERMINIO.- Eso lo hablaré yo con el jefe de los municipales.

FERMÍN.- Conforme. Ah, ¿y con Diéguez, qué hacemos con Diéguez?

Mire, lo mejor es que le avise Vd. para evitar situaciones embarazosas. Al fin y al cabo es el Registrador y...

HERMINIO.- ¿Cree Vd. que estará?

FERMÍN.- No sabe Vd. lo que es el temperamento genesiaco del señor Diéguez... (Transición.) ¿Me deja que le haga una confidencia, a menos de una semana del fin? Pues me satisface que la clausura de esos establecimientos, se haga bajo mi mandato.

HERMINIO.- Es un tanto más que añadir a los muchos de su gestión, que no puede ser más brillante...

FERMÍN.- Bah... bah... no exagere Vd....

HERMINIO.- Sí, señor. Yo no adulo a nadie. Pero le recordaré alguno de sus éxitos.

FERMÍN.- (Con una curiosidad hipócrita.) ¿Cuáles, cuáles?

HERMINIO.- Por ejemplo, el discurso que pronunció cuando descubrimos el monumento al Cid Campeador, que no se lo mejora Castelar... «Gloria legítima de la raza, mezcla sagrada de leyenda e historia...»

FERMÍN.- ¡Vaya memoriación, amigo...! ¿Quedó bonito, verdad? ¿Y qué más, que más cree Vd. que se ha hecho en el poco tiempo que llevo aquí...?

HERMINIO.- Pero, don Fermín... La reforma del reglamento de ordenanzas del Gobierno Civil, escrito de su mano desde la cruz a la fecha...

FERMÍN.- Sí, eso es verdad...

HERMINIO.- El aumento a siete de los caños de la Fuente de Valdecollado.

FERMÍN.- El Alcalde se contentaba con que fueran cinco... Hay que lanzarse, le dije. Y ahí andan los siete echando agua que es una bendición del cielo...

HERMINIO.- Gravilla nueva en kilómetro y medio del camino al Pinar bajo.

FERMÍN.- Bah...

HERMINIO.- Y lo que es a mi entender definitivo: las bases para el proyecto del anteproyecto del plan provisional de ampliación de tres plazas en la Escuela Superior...

FERMÍN.- (Contagiado de su fervor.) Sí, sí, amigo Arenas, todo eso es cierto. Pero mi verdadero timbre de orgullo, ¿sabe Vd. cuál será? Mire por donde el autor del himno va a dar en el clavo. Esta

provincia, regida por don Fermín Robledo Sánchez, «será la primera de la nación en abolir la prostitución».

HERMINIO.- Pues, mi enhorabuena, don Fermín.

FERMÍN.- Gracias, amigo Arenas.

(Se abrazan efusivamente mientras cae el...)

TELÓN

Epílogo

Han transcurrido unos días. La escena es la de siempre. Al levantarse el telón, LA FAROLES, entra resueltamente en la Secretaría. Se nota a simple vista, que ha forcejeado con UGARTE, el Ujier, que aparece en seguida.

UGARTE.- Le he dicho que para visitar a su Excelencia, hay que pedir hora.

FAROLES.- Mire, de aquí no me saca nadie.

UGARTE.- Pues llamo al guardia de la puerta y ya veremos lo que pasa.

(E inicia el mutis.)

FAROLES.- (Seductora.) Óigame, guapo... no se me aturulle... Que no me voy a comer al Gobernador.

UGARTE.- Es que me van a echar una bronca...

FAROLES.- Tampoco llegará la sangre al río... Dígame, ¿tiene Vd. hijos?

UGARTE.- No estoy casado.

FAROLES.- Pero podría tenerlos.

UGARTE.- Bueno, tengo dos. ¿Y qué?

FAROLES.- ¿De qué edad?

UGARTE.- ¿Y a Vd. que le importa?

FAROLES.- No sea tan furia. ¿De qué edad, dígame?

UGARTE.- Uno de once y otro en la mili.

FAROLES.- (Le mete unas monedas en la mano.) Al de once, cómprele unos caramelitos. Al de la mili, si le apetece honrarnos con su visita, se le recibirá como a un rey.

UGARTE.- Oiga, oiga...

FAROLES.- Y Vd. mismo, ojazos, que me parece muy temperamental, tiene mis niñas a su disposición.

UGARTE.- Mire, déjese de bobadas y márchese, se lo pido, que me mete Vd. en un lío.

FAROLES.- Escúcheme una cosa. ¿Qué cree que tardará en llegar el Gobernador?

UGARTE.- Dormía en Valdecollado. Estará al caer.

FAROLES.- Bueno, y a Vd. ¿qué es lo que le pasa? ¿No pudo haber abandonado la puerta unos segundos para hacer pipí, pongo por caso? Pues, justamente esos segundos, son los que he aprovechado yo para colarme, sin que Vd. se enterase.

UGARTE.- (Torturado, como si le planteara un caso de conciencia.)
Ay madre, ay madre...

FAROLES.- ¡Jesús, cuánta timidez!

UGARTE.- Es que no sabe lo que me juego...

FAROLES.- No será para tanto, amigo...

UGARTE.- Eso sí, ¿eh?, quietecita como una santa...

(LA FAROLES se ríe sin poder remediarlo.)

Bueno, como lo que sea...

FAROLES.- Jurado.

(UGARTE hace mutis. LA FAROLES curiosear un poco la habitación.)

UGARTE.- (Reaparece vergonzoso.) Óigame... ¿Cervantes o Muriel?

FAROLES.- (Burlona y digna a la vez.) Cervantes, hijo,
Cervantes... Que todavía hay clases.

UGARTE.- Bueno, bueno... (Y hace mutis.)

(LA FAROLES continúa su inspección. Temerosa, de ser vista empuja levemente la puerta de vaivén que separa los dos despachos. En ese instante, por la lateral izquierda, aparece JULIA. Trae una peluca en la mano a la moda del XVII francés. Tal es la sorpresa que le produce a LA FAROLES que ni se mueve siquiera y la mira llena de estupor. JULIA comprende su extrañeza y se echa a reír.)

FAROLES.- Dispéñeme, señora...

JULIA.- Pase, pase... ¿Viene Vd. a hablar con el Gobernador?

FAROLES.- (Desconcertada.) Sí, sí, claro...

JULIA.- ¿Le sorprende la peluca? Estaba probándome el disfraz para el baile del Casino y esta peluca no me entra bien... Y voy a llamar a Ignacia, la peluquera, por si puede ayudarme... Siéntese, siéntese...

(LA FAROLES titubea.)

Siéntese, haga el favor.

(LA FAROLES obedece.)

FAROLES.- Dígame, señora: el baile, ¿no es el domingo de piñata?

JULIA.- Sí. ¿Va Vd. también?

FAROLES.- No, no, yo no. Quiero decir que aún faltan días.

JULIA.- Claro que sí pero me gustaba ver como me quedaba el disfraz, que acaban de traérmelo. Y, sin la peluca...

FAROLES.- ¿Y qué es lo que le pasa a la peluca? ¿Me deja un momento, que yo sé algo de eso...?

JULIA.- Ya se lo dije, que no me entra.

FAROLES.- (Examina con cierto profesionalismo la peluca.) Esto es fácil, señora. Es que el elástico le aprieta un poco pero eso se arregla en seguida... soltándolo... Vea qué sencillo resulta. Mire si ahora le entra.

(JULIA lo intenta ayudada por LA FAROLES.)

Permítame... (LA FAROLES le retoca la colocación de la peluca. Sin mala idea.) Llamará la atención.

JULIA.- ¿Vd. cree?

FAROLES.- (Algo más malignamente.) Ni lo dude.

JULIA.- (Se quita la peluca.) Siéntese, Fermín no puede tardar.

(Aclaratoria.) Fermín es mi esposo, el Gobernador, ya lo supondrá.

Y muchas gracias.

FAROLES.- De nada, de nada.

(Mutis de JULIA. LA FAROLES curiosear el despacho del Gobernador como antes el de la Secretaría. En ese instante se oye a HERMINIO.)

HERMINIO.- ¡Ugarte, Ugarte...!

(Entra primero FERMÍN. Lleva bombín, fajín y guantes que deja sobre la mesa del Secretario. Viste chaqué y botines blancos.)

FERMÍN.- ¿Qué le pasa a ese anormal? (Hace una flexión como para desentumecerse. Saca las gafas, que después olvidará sobre la mesa del Secretario y ojea los sobres de la correspondencia.)

HERMINIO.- No sé dónde se ha metido. (Transición. Arrobadado.) Don Fermín, qué belleza de acto.

FERMÍN.- ¿Sí? ¿Le parece a Vd.?

HERMINIO.- ¡Atreverse a estropear la fuente del Valdecollado!, y a propósito, ¿cómo hace para que se le ocurran esos párrafos tan bonitos? «¿Qué fue lo que llevó a esos mozalbetes irresponsables a taponar los caños de esta hermosa fuente con una materia que el rubor me impide nombrar...» «Que el rubor me impide nombrar...» ¿Es que cabe una manera más elegante de referirse a las boñigas de

caballo?

FERMÍN.- ¡Qué país, Herminio Arenas, qué país! Bueno, lo que sí le confieso es que estoy rendido. Creo que he engordado. Por lo menos me aprieta el fajín.

(Se lo quita, HERMINIO lo recoge y entra a depositarlo al despacho del Gobernador en el que, con la natural sorpresa, se encuentra a LA FAROLES.)

HERMINIO.- ¡No! ¿Qué significa esto? (Sale airado. A DON FERMÍN.)
¡La Faroles!

FERMÍN.- (Autoritario.) ¡Hágala salir en el acto!

HERMINIO.- Lo que Vd. diga. (Entra en el despacho. Con un chasquido de dedos.) ¡Fuera!

FAROLES.- Nanay de la China.

HERMINIO.- He dicho que fuera.

FAROLES.- Que no, bonito mío.

HERMINIO.- Llamaré a los guardias.

FAROLES.- Tendrán que ser muchos. He de hablar con don Fermín y por algo que le interesa a él más que a mí.

HERMINIO.- (De vuelta a la Secretaría.) Se niega, don Fermín.

FERMÍN.- Avise a Ugarte.

HERMINIO.- Temo que no dé abasto.

FERMÍN.- Pero, ¿qué quiere esa bruja?

HERMINIO.- Al parecer decirle algo que le interesa a Vd.

FERMÍN.- ¡Fuera!

(LA FAROLES aparece en la puerta.)

FAROLES.- (Sumisamente.) ¡Hola!

(FERMÍN mira iracundamente a LA FAROLES y a HERMINIO. Vacila unos segundos. De improviso señala con el índice su despacho a LA FAROLES que regresa a su punto de partida. FERMÍN la sigue. HERMINIO se pasa el pañuelo por la frente, respira hondo y se sienta en la mesa de su despacho y lee unos papeles.)

FERMÍN.- La última vez que tuve el gusto de verte, te despediste haciéndome la peseta.

FAROLES.- A ti, no, al «Sopas».

FERMÍN.- Eso no quedó muy claro. De la peseta, cincuenta céntimos por lo menos, fueron para mí. Ahora ya me contarás qué tripa se te ha roto.

FAROLES.- Fermín: vengo por tu interés. Pasa algo muy grave. ¿Es posible que tú no lo sepas?

FERMÍN.- ¿Qué es lo que he de saber? He dormido en Valdecollado y llevo cinco horas de carretera, con tres pinchazos.

FAROLES.- Pues que al Gobierno le han dado una buena somanta en el Congreso y está dimitido, «el Sopas» inclusive, naturalmente.

FERMÍN.- (Lívido, sin creérselo del todo.) ¿De dónde sacas ese bulo?

FAROLES.- Por Dios, Fermín, que estás en la luna... Anoche, en Cervantes, no se hablaba de otra cosa.

FERMÍN.- ¿Quién llevó esa noticia que lo meto en chirona?

FAROLES.- ¿Qué más da que fuera uno u otro?

FERMÍN.- Lo que tú quisieras y, como tú, todas tus golfas, es que eso fuese verdad. Y a seguir igual que antes.

FAROLES.- Pues para que te enteres. A un cliente al que se le ocurrió celebrar la noticia con champán, le dije que se había acabado y que tenía que contentarse con gaseosa. Y te juro que ese tío no vuelve a pisar mi casa.

FERMÍN.- (Se asoma a la Secretaría.) ¡Herminio!

HERMINIO.- Mándeme, señor Gobernador.

FERMÍN.- No sé cómo explicarle... (Señala a LA FAROLES.) Dice que está dimitido todo el Gobierno...

HERMINIO.- ¿Qué?

FERMÍN.- Telefonee a Madrid inmediatamente.

HERMINIO.- Sí, señor.

(Va al teléfono. FERMÍN se pasea nerviosamente, de un lado a otro.)

Oiga, necesito hablar con el Ministerio de la Gobernación, Mayor, 456. Bien, bien... apenas pueda, le suplico... (Cuelga.) Están mal las líneas y antes de tres horas...

(JULIA entra, ya con el traje de la Pompadour, peluca, guantes y abanico.)

FERMÍN.- ¿Qué es esto?

FAROLES.- El baile del Casino.

FERMÍN.- ¡Métase en sus cosas!

JULIA.- No la grites, Fermín, que es un encanto.

FERMÍN.- ¿Qué estás diciendo?

JULIA.- ¿Te parece bien?

FERMÍN.- (Destempladamente.) Una maravilla.

JULIA.- Para el domingo de piñata.

FERMÍN.- ¿Y quién te garantiza que va a haber domingo de piñata?

(UGARTE entra con un telegrama que le recoge HERMINIO.)

HERMINIO.- Un telegrama urgente. (Se lo tiende al Gobernador.)

FERMÍN.- (Se busca las gafas sin encontrarlas.) Ando sin gafas... Vea lo que dice, Herminio.

HERMINIO.- (Lo lee para sí. Demudado.) Señor Gobernador...

FERMÍN.- ¿Qué pasa?

(JULIA, que había iniciado el mutis, se detiene.)

JULIA.- ¡Ay, Dios! Atocha...

FERMÍN.- ¿Quieres callarte? ¡¡Lea de una vez!! (A LA FAROLES.) Y Vd., lárgrese con viento fresco.

(LA FAROLES se traslada a la Secretaría.)

HERMINIO.- «Ministro Gobernación saliente. A la espera nuevo Gobernador, entregue mando Presidente Audiencia. Agradezco servicios prestados. Saludos. Victoriano Gomila».

(JULIA medio desvanecida, se sienta en el sillón del Gobernador.)

FERMÍN.- ¿Qué te sucede? Venga, Julia, recóbrate.

(HERMINIO hace mutis velozmente por la izquierda.)

¿Te duele algo?

JULIA.- Todo, Fermín, todo. A la calle de Atocha...

FERMÍN.- ¿Quieres que llamemos a un médico?

JULIA.- No es cosa de médico.

(Entra HERMINIO con un vaso de agua que JULIA apura a pequeños sorbos.)

FERMÍN.- ¿Te sientes mejor...?

JULIA.- A la calle de Atocha, Fermín.

FERMÍN.- Deja en paz la calle de Atocha que parece un reloj de repetición. (La levanta y la acompaña a la puerta.) Échate un poco.

JULIA.- No hace falta que me ayudes. Ya se me pasará.

(Y se marcha por la izquierda acompañada por DON FERMÍN. HERMINIO relee el telegrama. DON FERMÍN, regresa enseguida.)

FERMÍN.- Querido Herminio. Mientras en este país las noticias se sepan antes en las casas de zorras que en los Gobiernos Civiles, no tendremos arreglo.

(LA FAROLES entra otra vez en el despacho.)

¡Le dije que se largase con viento fresco!

(Quien se larga es HERMINIO a su despacho.)

FAROLES.- No seas malo... Escúchame una cosa: ¿Qué nos va a pasar?

FERMÍN.- A mí, ya te lo supondrás. A ti, nada.

FAROLES.- Esa orden...

FERMÍN.- Lo más probable es que esa orden se archive para mejor proveer.

FAROLES.- No te entiendo, háblame en cristiano.

FERMÍN.- Que se quede en el cajón. Que no os cierren.

FAROLES.- (Suspira hondamente.) Ay, ¿será posible? (Como si rezase, en voz baja.) Dios mío: seis libras de cera le tenía ofrecidas a San Antonio si nos libraba de esto.

FERMÍN.- Pues, si eres buena pagadora ya puedes ir comprándolas porque te has salido con la tuya.

FAROLES.- De manera que, ¿puedo hacer obras?

FERMÍN.- ¿De qué obras hablas?

FAROLES.- Es que quiero agrandar la parte de arriba y mejorar la entrada y poner colchones nuevos y jofainas de loza, que las he visto muy bonitas...

FERMÍN.- Puedes hacer lo que te apetezca...

FAROLES.- Y tú, Fermín: (Muy sinceramente preocupada.) ¿te vuelves a Madrid?

FERMÍN.- ¿No lo oíste? A la calle de Atocha.

FAROLES.- ¿Me dejas que te diga algo, que tengo metido muy adentro, muy adentro?

FERMÍN.- A ver qué es lo que tienes metido.

FAROLES.- (Conmovidamente.) Fermín de mi alma: si alguna vez, algún día te hiciera ilusión, no sé como explicarte, volver atrás, bastaría que movieses un dedo para que lo dejase todo.

FERMÍN.- Qué disparates se te ocurren...

FAROLES.- No es ningún disparate: el negocio entero, mis años de trabajo que han sido terribles, tú no te los imaginas, el nombre de guerra que vale miles de duros, todo lo tiraría por la ventana sólo por el placer de volver a ser tu Narcisa. (Se le ha acercado, movida de un impulso incontenible.)

FERMÍN.- Quieta, que puede aparecer mi mujer.

FAROLES.- Soy rica. Tengo cien mil pesetas en títulos de la Deuda, participación en dos casas en el puerto y joyas a montones.

FERMÍN.- Ah..., ¿me propone retirarme...?

FAROLES.- No te burles: te hablo con el corazón en la mano.

FERMÍN.- Pero si tú vives aquí en el mejor de los mundos...

FAROLES.- ¿Es que crees que a mí el Evaristo ese me importa un pito?

FERMÍN.- ¿De qué Evaristo hablas? ¿Del Director de «El Progreso»?

FAROLES.- Claro, ¿de qué Evaristo voy a hablar?

FERMÍN.- Pero, es que entre Evaristo y tú...

FAROLES.- Pues, sí. Parece como si te cayeses de un guindo.

FERMÍN.- No soy el primer Gobernador que está en esa situación, te aseguro, que no tenía ni idea. ¿Desde cuándo dura ese idilio?

FAROLES.- Idilio... Yo sólo tuve uno. Este es un latazo o, si quieres, una costumbre aburrida.

FERMÍN.- (Súbitamente.) ¿Fue él quien te dio la noticia?

FAROLES.- Qué va... si está en Madrid. Fermín: ¿te gustaría que lo mandase a paseo?

FERMÍN.- ¿Por qué me lo preguntas? Eso, allá tú.

FAROLES.- Es muy sencillo..., si lo estoy deseando. Oye, me voy a Madrid contigo y no te pido nada. Sólo que nos veamos, que nos hablemos. En Madrid, ¿también tienes teléfono? Yo digo que me pongan uno y te llamo, o me llamas... como Madrid es tan grande, ¿quién va a enterarse? ¿Sabes de quién es querida la Blasa? De un canónigo. Fíjate si es secreta la cosa. Lo nuestro sería mucho más fácil de ocultar. Anda, Fermín, chucho, dime que sí.

FERMÍN.- Qué loca eres, Narcisa.

FAROLES.- Te equivocas, sé muy bien lo que me conviene. ¿No te decides?

FERMÍN.- No, claro que no.

FAROLES.- Y si fuese algún día por Madrid, ¿podría verte?

FERMÍN.- El Fermín de entonces, murió ya.

FAROLES.- Aquí (Señala el pecho.) sigue vivo.

(FERMÍN se sonríe con cierta ternura indisimulable.)

Déjame una esperanza, hombre. Imagínate que un día te aparezco de pronto en el café, o en donde sea...

FERMÍN.- (Con seriedad.) No enredemos, niña, no enredemos...

FAROLES.- (Se entristece.) Bueno, pues... adiós. Y para siempre.

FERMÍN.- Eso, ¿quién lo sabe?

FAROLES.- ¿No me das un beso de despedida?

FERMÍN.- En la mano, sí, Narcisa.

(La besa, en efecto, y la acompaña hasta la puerta. En el umbral se separan, lentamente, con un mínimo ademán amistoso. Mutis de FERMÍN por la izquierda. En el despacho de la Secretaría, LA FAROLES, sin que consiga ocultarlo, se enjuga, discretamente, una lágrima, que no pasa a HERMINIO inadvertida.)

HERMINIO.- (Se levanta de la mesa.) Qué maneras tan distintas de salir del despacho... Unas veces, así (Hace desvaídamente la peseta, una peseta, vaya, devaluada.) otras... casi moqueando.

FAROLES.- Cosas de la vida... (Ya repuesta.) Oye, la Sevillanita no hace más que suspirar por ti.

HERMINIO.- Mucha guasa hay donde yo me sé.

FAROLES.- (Larga pausa llena de distintas cosas.) Ea, con Dios.

HERMINIO.- Suerte.

(LA FAROLES hace mutis. HERMINIO pasa al despacho del Gobernador.

Lleva las gafas que FERMÍN se olvidó en su mesa. FERMÍN vuelve a escena.)

HERMINIO.- ¿Cómo va doña Julia? (Le entrega las gafas.)

FERMÍN.- Obsesionada con la calle de Atocha. Pero más tranquila. Le ha caído la noticia tan de sopetón...

HERMINIO.- Para mí es el disgusto del siglo.

FERMÍN.- Se lo agradezco. ¿Qué habrá pasado en el Congreso?

HERMINIO.- Pronto nos lo dirán.

FERMÍN.- En la política hay un verbo siniestro: dimitir. Sobre todo la primera persona del presente de indicativo: yo dimito. O, lo que es igual: queda Vd. dimitido. Estoy conjugándolo de las dos maneras y, le aseguro, que no me divierte nada. (Transición.) Ya me ayudará Vd. a recoger los papeles...

HERMINIO.- Con mucho gusto... (Rectifica.) Bueno... Vd. me entiende...

FERMÍN.- Sí, hombre, sí...

(DON EVARISTO REDONDO entra por la Secretaría. Al oír el golpe de la puerta, HERMINIO entreabre la de vaivén.)

FERMÍN.- ¿Quién es?

HERMINIO.- (Extrañado.) Don Evaristo...

FERMÍN.- No... (Como iluminado, mientras HERMINIO se dispone a recibir a DON EVARISTO. Para sí.) Ahora, nadie se atrevería a decirme que me caigo de un guindo.

(El señor REDONDO se presenta en el despacho. DON FERMÍN le hace una media reverencia.)

Señor Gobernador...

REDONDO.- (Se ríe jovialmente.) ¿Cómo lo sabe?

FERMÍN.- No olvide que está Vd. hablando ya con el periodista.

REDONDO.- Bueno, no es oficial todavía. Parece que a Gobernación va Gómez Sousa... Ya sabe quién es, el Director de la Corres... Me lo encontré, hablamos de los problemas de por aquí... «Si el país te necesita, Evaristo...» Nos tuteamos desde niños... ¿Qué iba a contestarle? «Hombre, querido César, si el país me necesita...» Y me ha parecido delicado decírselo a Vd. antes que a nadie.

FERMÍN.- Se lo agradezco mucho. Pero, ¿qué es lo que ha pasado en el Congreso? Vd. acaba de llegar de Madrid, ¿no?

REDONDO.- Excelente información la suya... En efecto, del tren, aquí. Bueno. Ya sabe que el ambiente estaba muy enrarecido. La vida sube, y sube, y sube... Y la gente se cansa. Quince céntimos más el kilo de pan en seis meses... ¿Dónde vamos a parar?

FERMÍN.- Bien, ¿y que piensa Vd. hacer, señor Gobernador, el uno de marzo? Siéntese. (Le ofrece su sillón.)

REDONDO.- No, no, todavía no. (Se sientan en los otros sillones.)

Para mí el uno de marzo no se diferenciará en nada del 29 de

febrero, don Fermín. Salvo orden en contrario, naturalmente.

FERMÍN.- Lo suponía.

REDONDO.- Mire, le soy sincero. Yo no creo en la eficacia de esa medida y Vd. lo sabe. Tal vez se adopte alguna vez. Pero será inútil. Por algo dicen que es el más antiguo de los oficios.

FERMÍN.- Sin duda...

REDONDO.- Y el más difícil de extirpar. Se cerrarían las tales casas... pero sus inquilinas se disfrazarían de mil modos y seguirían lo mismo. Son insumergibles. O, si me permite ponerme trascendental, son inmortales.

FERMÍN.- Pero llegará un momento en que la sociedad se avergüence de ese horrible comercio, con mujeres que se venden y hombres que las compran...

REDONDO.- Dejémonos de utopías que los dos somos mayorcitos.

FERMÍN.- Vd. está a favor de La Faroles, claro.

REDONDO.- Pues sí.

FERMÍN.- A favor de esos lugares horribles, con seres infrahumanos, con tarifas según las horas y los servicios...

REDONDO.- Sospecho que Vd. prefiere las calles semioscuras, con esquinas de las que sale una voz tentadora que dice: «¿Vienes, rico?»

FERMÍN.- Mire, Gobernador, a mí rico ya no me llaman ni el día de Reyes. Pero, ¿cree que si hiciéramos un plebiscito encontraríamos muchos que pensasen igual que Vd.?

REDONDO.- Eso podemos saberlo ahora mismo. (Se dirige al público.) Por ejemplo, los que están a favor de La Faroles que levanten la mano.

FERMÍN.- (Deja que se claree el público unos segundos. Tanto si son muchas o pocas las manos que se levanten, corta de raíz la consulta.) No, no, un plebiscito es algo muy serio y no se puede exigir de nadie que responda a bote pronto. No, no, ahora no. Tomémonos una jornada de reflexión. Vuelvan mañana y votaremos.

TELÓN

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

